Manuel Melgarejo y Gil Parrado

EL DESCONOCIDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

TRISTAN BERNARD

ARREGLADA AL CASTELLANO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

EL DESCONOCIDO

EL DESCONOCIDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

TRISTAN BERNARD

ARREGLADA AL CASTELLANO POR

Manuel Melgarejo y Gil Parrado

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 14 de Enero de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
BERTA	Srta.	Pérez de Vargas.
LUISA		Carbone.
JUANA		Martos.
MARÍA		Sánchez.
LEONTINA (criada)		Villa.
MAD. TOMBELLE	Sra.	Torres.
MAD. EDMOND		Alba.
SEÑORA 1.ª		Sánchez.
IDEM 2.ª	Srta.	Pazos.
ENRIQUE	Sr.	Vilches.
BARTHAZARD		González.
HERBERT		Valle.
GONTHIER		Zorrilla.
BEAUCHAMP		Pacheco.
BLIVET		Rivero.
THIBAUDEL		Bonafé.
REMIGIO (criado)		Caba.
FÉLIX (criado)		Capilla.
UN INVITADO		Dessy Martos.
OTRO		Acevedo.
OTRO		Ruiz Santiago.
UN CABALLERO		Insúa.
UN DEPENDIENTE		Dessy Martos.

Tres invitados



ACTO PRIMERO

Salón decorado á estilo oriental en un gran hotel donde se da un baile. En el centro un puff, con una palmera. A derecha é izquierda del foro dos puertas en ángulo. Primer término izquierda otra puerta. Entre esta y la del foro chimenea con espejo. Primer término derecha mesa con cigarros. Al levantarse el telón se oye dentro un vals, tocado por la orquesta, que terminará en la escena quinta.

ESCENA PRIMERA

BEAUCHAMP, arreglando los cigarros. Un INVITADO que sale foro izquierda

INV. ¡Qué animación! Nunca he visto tanta gente reunida. ¿Es aquí donde se juega al *bridge*, amigo Beauchamp?

BEAU. No: en el otro saloncito.

INV. Ya estará usted contento.

BEAU. Sí; muy contento.

INV. Esta es una fecha inolvidable. ¡No todos los días se nos casa una hija!

BEAU. Afortunadamente... Me voy á quedar tan solo...

INV. ¿No van á vivir con ustedes los nuevos esposos?

BEAU. Eso dicen ahora; pero ya sabe usted que el casado casa quiere.

INV. La novia está monísima con ese traje de... de lo que sea... Yo no entiendo mucho de

telas, pero me figuro que le ha debido costar un dineral.

BEAU. Sí, sí... Sale muy caro, muy caro...

INV. Pues... ¿y el baile?... Ha sido buena idea darlo en un hotel, para que no le revuelvan la casa. Sobre todo teniendo tantas relaciones. Eso sí: habrá que ver la cuenta.

BEAU. A quince francos por cabeza... Y hay más de trescientas. Sin contar los intrusos.

INV. ¿Es que no vigilan ustedes...?

BEAU. Sí, está en el vestíbulo mi tenedor de libros. que va contando los invitados uno por uno... Ya ve usted si sabrá contar.

INV. Por supuesto, ¿los gastos serán á medias entre las dos familias?

BEAU. Sí. No he querido regatear... Y eso que han repartido muchas más invitaciones que yo... Conocen á todo París esos bárbaros.

INV. ¿Los padres del novio?

BEAU. No vive más que la madre. Aquí llega. Si quiere usted que le presente...

INV. Ya he tenido el honor de serle presentado. (Mutis por el foro. Al cruzarse con madame Tombelle dice:) Señora...

ESCENA II

BEAUCHAMP y MADAME TOMBELLE

TOM. (Al Invitado.) Caballero.. (Aparte.) Otro convidado. (A Beauchamp.) Está ese salón imposible... Y hay una porción de gente que no conozco ni de vista. Ha traído usted á medio París.

BEAU. (Furioso.) Señora... Cómo se atreve usted á decir...

TOM. ¿Y por qué no se piden las invitaciones?

BEAU. Eso es poco delicado. La costumbre es no pedir nada á nadie.

TOM. Será una costumbre inventada por los fondistas. Así puede entrar todo el que quiera y nos cobran sus quince francos. Puede que hasta se encarguen de aumentar la lista. (Entra otro Invitado, por la izquierda.) Otro.

ESCENA III

DICHOS y otro INVITADO

OTRO INV. (A Beuachamp, mientras madame Tombelle le mira de arriba abajo.) Querido Bauchamp... Ante todo mil perdones de parte de mi mujer. La pobre está tan delicada, que no ha podido venir.

BEAU. (Distraído.) No estará tan mal cuando ha venido usted.

OTRO INV. Sí, sí. Anda malucha: y yo me hubiera quedado cuidándola, pero necesitaba venir á disculparla.

BEAU. (Aparte.) Bastaba con un Continental.

OTRO INV. (En voz baja.) ¿Es la nueva suegra, verdad? ¿Hace usted el favor de presentarme?

BEAU. Con mucho gusto... Señora: mi amigo Buzardin.

OTRO INV. (Asombrado.) ¿Cómo Buzardin? No, no... Mentel... Carlos Mentel.

BEAU. Es verdad. Mentel... No sé dónde tengo la cabeza. Un amigo de toda la vida.

OTRO INV. (Sonriendo.) De toda la vida... (Mutis foro.)

BEAU. Siempre he creído que se llamaba Buzardin... Lo más gracioso es que ahora no voy á saber quién es Buzardin si me lo encuentro.

TOM. Descuide usted, por aquí andará... Ha venido toda la gente que usted conoce y mucha más de la que no conoce. Por lo visto ha convidado usted á todo el anuario del comercio.

BEAU. Señora... no discutamos... Decirme á mí eso, cuando tiene usted muchas más relaciones que yo...

TOM. Naturalmente; y eso es lo que le molesta... Para no ser menos, ha invitado usted á todo el mundo.

BEAU. Cuando usted quiera compararemos nuestras listas...

(Entran tres Invitados, uno de los cuales se dirige á Beauchamp. Parece algo mareado.)

ESCENA IV

DICHOS y tres INVITADOS

UNO DE LOS INV. (A Beauchamp.) Hola, noble amigo. Creí que no llegaba... Vengo del banquete anual de los antiguos alumnos de Santa Bárbara. Y me he permitido traerle á usted dos compañeros. Se los voy á presentar... El señor Beauchamp.. Mis amigos... (Mutis los tres por el foro.)

BEAU. Mucho gusto. (A madame Tombelle.) Está bebido.

TOM. Es un convidado de usted... Y nos trae treinta francos de bárbaros. Menos mal que no viene con todo el colegio.

BEAU. ¡Qué barbaridad!

(Entra Enrique por el foro y se dirige á la mesita de los cigarros.)

ESCENA V

MADAME TOMBELLE, BEAUCHAMP y ENRIQUE

TOM. ¿Este también será de los suyos?

BEAU. (Vivamente.) No, no... no sé quién es.

TOM. Seguramente... Yo no le he visto nunca.

BEAU. Ni yo tampoco. Estoy seguro de que no le conozco... Fíjese usted que no me ha felicitado.

TOM. Ni á mí.

BEAU. Será algún amigo de su hijo. (Con tristeza.) Y viene á fumar.

TOM. Eso no importa... Los cigarros son de cuenta de usted, según lo tratado.

BEAU. Sí; creo que me he excedido un poco.

TOM. Escoge uno. Pero no le gusta... Se lo guarda.

BEAU. Magnífico... Para fumárselo en su casa.

TOM. Coge otro para aquí. (Pausa.) No... También se lo guarda.

BEAU. Me voy, para no dar un escándalo.

TOM. ¿Quiere usted que lo dé yo?

BEAU. No, no... Sería poco delicado.
(Mutis Enrique por el foro. Entra Barthazard, primera izquierda.)

ESCENA VI

MADAME TOMBELLE, BEAUCHAMP y BARTHAZARD

BART. Amigo Beauchamp... Mi más cordial enhorabuena... Y antes que se me olvide: Choulet me ha encargado que le disculpe... Está tan acatarrado que no se ha atrevido á venir.

BEAU. Muy bien hecho. Lo primero es cuidarse.

BART. Le estuve animando, pero no se ha decidido... En fin, ya tendrán ustedes bastante gente.

TOM. Sí, señor, demasiada.

BEAU (Presentándoles.) La señora de Tombelle, mi consuegra... Mi amigo Barthazard.

BART. Felicito á usted, señora... Ahora mismo entraban conmigo quince ó veinte personas... Creo que son unos turistas ingleses.

TOM. (Estremeciéndose.) Dios mío... Hasta un club... Hay que poner orden á toda costa... Caballero... (Mutis foro izquierda.)

BEAU Hasta ahora, amigo Barthazard. (Idem.)
(Entra Enrique foro derecha.)

ESCENA VII

BARTHAZARD y ENRIQUE

BART. Calle... ¿Enrique...? ¿Tú por aquí? ¿También eres amigo de los Beauchamp?

ENR. ¿Quiénes son los Beauchamp?

BART. La familia de la novia...

ENR No la conozco ni de vista.

BART. Entonces conocerás á los Tombelle.

ENR. ¿Los Tombelle? ¿Quiénes son los Tombelle?

BART. La familia del novio. ¿Pero es que no conoces ni á los Beauchamp, ni á los Tombelle?... ¿Pues quién te ha convidado?

ENR. Nadie.

BART. ¿Y cómo estás aquí?

ENR. Porque he venido... Ví luces, estaba sin comer, vestido de frac... ¿Qué te parece mi frac?

BART. Admirable.

ENR. Es de Tomasetti, un traductor de italiano que vive en mi hotel... ¿Y mis botas de charol?

BART. Magníficas.

ENR. Son de un director de orquesta que vive también en el hotel... Pues si vieras mi chistera... Ocho ó nueve reflejos. Desgraciadamente, la he tenido que dejar en el guardarropa y no sé cuál será su suerte. Es una chistera hecha á la medida. No para mí, claro; pero hecha á la medida... Tengo que llevarla un poquito ladeada y me cae al pelo.

BART. Por lo visto, estás como siempre... Creí que ganabas algo con tus dibujos de muebles.

ENR. Poca cosa; ciento cincuenta francos al mes, y no todos los meses... Gracias á que tengo algo más. Soy representante de una casa alemana; la casa Dichmuller. Me la ha proporcionado un contertulio del café.

BART ¿Y qué fabrica la casa Dichmuller?

ENR. No estoy muy seguro, porque no conozco el alemán, pero creo que fabrica hierro... Algo así como hierro... Un metal...

BART. Si no conoces el producto que vendes, ¿cómo te las arreglas para venderlo?

ENR. No lo vendo. Lo único que sé del producto en cuestión, es que nadie lo pide y que yo no encuentro ocasión de colocarlo. De modo que el balance de mis negocios no sube, pero tampoco baja, y esto ya es algo. Te advierto que mi principal no está descontento de mí. Esta mañana precisamente recibí una carta suya, escrita en alemán, que me tradujo el traductor de italiano, citándome á las ocho en un café del boulevard para que comiéramos juntos. Como no le conozco personalmente, y á esa hora no se me acercaba nadie, tuve que ir preguntando á los parroquianos quién se llamaba Dichmuller. Tú no sabes la gente que no se

llama Dichmuller. A las nueve, á falta de Dicumhller, me encontré con un hambre espantosa, y como ví que aquí había fiesta y estaba vestido de frac, me colé tranquilamente. He tomado consomé á guisa de sopa, varios sandwiches, pasteles de postre y unas copitas, y vengo á fumar aquí, donde la Providencia ha puesto los cigarros al alcance de mi mano ¡Bella es la vida!... Y yo sería ahora mismo el hombre más feliz de la tierra si el traductor, propietario de este frac, fuese un poco más ancho de espaldas.

BART. Todo eso está muy bien, pero es impropio de un hombre como tú: joven, inteligente, educado en el seno de una familia rica... Porque tus padres tenían dinero cuando tú eras niño...

ENR. Y se fueron arruinando cuando yo crecía.

BART. Cosas de la vida, á las que es preciso sobreponerse. Un hombre como tú debe hacer algo más que resignarse. No sé lo que me parece que vengas aquí como un intruso...

ENR. No podría venir de otra manera... Y á mí también me gustaría estar bien relacionado, ser un hombre *chic* como tú... Para eso hay que tener dinero.

BART. ¿Dinero?... ¿Te figuras que yo soy más rico que tú?

ENR. No lo sé. Lo cierto es que tienes más recursos. Siempre que sacas la cartera la llevas con algunos billetes...

BART. Es que no la saco más que cuando los llevo.

ENR. ¿Quiere decirse que también estás tronado?... No sabes lo que me agrada encontrarme con un correligionario...

BART. Aquí mismo encontrarás una porción... Hay miles de personas, como yo, que se consideran felices por reunir con grandes trabajos unos cientos de francos por todo capital... Claro que lo importante es tenerlos.

ENR. Y tú, ¿cómo los tienes?

BART. De un modo muy sencillo, haciendo deudas.

ENR. ¿Tienes deudas?... ¿Y cómo las pagas?

BART. No las pago; porque si las pagara, no las tendría.

ENR. Es verdad.

BART. Hay un medio muy fácil de no pagar las deudas: no querer pagarlas. Lo que atormenta á los deudores precisamente, es su deseo de cumplir. ¿Para qué atormentarse?... ¡Cuánto mejor es decidirse á no pagar para vivir tranquilo!... El que de buena fe le dice á un inglés «le pagaré á usted dentro de unos días», tiene la esperanza de pagarle ó hace todo lo posible por tenerla, y por eso le falta la seguridad... Dice «le pagaré á usted», pero lo dice muy mal. En cambio, el que está decidido á no pagar, tiene el aplomo que se necesita para decir lo contrario.

ENR. La teoría no es mala, pero me asusta un poco.

BART. No te diré que no tenga sus quiebras ni que haya que resignarse á vivir siempre así... Pero bien puede tolerarse con la esperanza de que cambiará algún día; aguardando el venturoso instante de la fortuna. Es el purgatorio de la riqueza, indispensable para llegar al cielo. Para ser rico hay que ponerse en contacto con el dinero, y como en París no hay minas de oro nativo, es preciso entrar en las de oro acuñado. Créeme, Enriquito; si quieres llegar á la fortuna, tienes que imitarme.

ENR. Te diré con franqueza que no siento grandes deseos. Mi vida es un poco difícil, pero muy tranquila. No me falta que comer, tengo para jugar un rato en el café, y hasta puedo permitirme el lujo de convidar alguna vez á un amigo... Anda, vamos á tomar una copa de champagne en el *buffet*.

BART. Vamos allá. (Enrique se acerca á la mesa de los cigarros y coge uno.) Ya ves qué vida... Venir aquí á llenarse los bolsillos de cigarros... (Saca una enorme petaca y la va llenando poco á poco.) Esto no es digno de nosotros. (Coge más cigarros.) No es digno de nosotros. (Mutis juntos foro derecha.)

ESCENA VIII

LUISA, MARÍA y JUANA

LUISA — Gracias á Dios que encontramos un espejo... Vamos á arreglarnos, y de paso descansaremos un poco... ¿Quién se pone de centinela?

MARÍA — (En la puerta.) ¿De centinela?

LUISA — Sí... Quédate ahí mismo para que nos avises si viene la terrible Tombelle... Quiere que le animemos el baile dando vueltas con unos infelices que pescó en el salón. (Se arregla en el espejo.)

JUANA — ¿Cómo encuentras á Alicia?

MARÍA — ¿Qué Alicia?

LUISA — La novia, mujer.

JUANA — Hace un momento estaba sofocadísima y se dió una mano de polvos... Parece un pastel de pueblo ..

LUISA — Creo que no se ha marchado todavía.

JUANA — Ha dicho que no se va hasta que termine el baile.

LUISA — Todas lo mismo...

MARÍA — ¿Por qué?

LUISA — Porque temen que el marido quiera marcharse antes.

JUANA — Vaya una cursilería, dar un baile... Eso ya no se estila.

LUISA — No se estila. Pero como los padres de los novios son comerciantes, el baile les sirve de reclamo.

MARÍA — Aquí viene Berta... ¿La dejamos entrar?

LUISA — Claro que sí, mujer...

ESCENA IX

DICHAS. BERTA

BERTA — Hola.. ¿Estábais aquí?... Vengo huyendo de Jorge Herber, á quien he prometido un vals.

LUISA — Tienes que cumplir tu palabra.

BERTA — Hasta el año que viene, que seré mayor de edad, no estoy obligada.

LUISA — ¿Pero por qué le huyes?... Un muchacho tan bien intencionado, que quiere casarse contigo. Y tiene tres millones.

BERTA — Yo me casaré con quien tenga mi cariño... Ahí tienes á la recién casada... ¿Tú crees que Alicia quiere á su marido?

LUISA — Por lo menos se casa con él. Todo no se puede hacer á la vez.

BERTA — Yo procuraré hacerlo. Y si no lo consigo, siempre estaré á tiempo de aceptar un matrimonio de conveniencia. (Mirando hacia la puerta.) ¡Ay, Dios mío, aquí está!... Decidle que no me habéis visto ó que me he ido á acostar.

LUISA — No sabemos mentir.

BERTA — Pues aprended. Es muy útil en la vida. (Sale rápidamente por el foro izquierda, á tiempo que Herber llega por la derecha.)

ESCENA X

LUISA, MARÍA, JUANA y HERBET

HER. — ¿Han visto ustedes á la señorita Gonthier?

LUISA — ¿A Berta?... Acaba de salir de aquí. Anda buscándole á usted.

HER. — ¿Sí?... Pues cualquiera lo diría.

LUISA — (Aparte.) A mí no me parece mal este muchacho, por lo menos mientras le hace el amor á otra.

JUANA — (Idem.) Tiene buen tipo... Un poco desgarbado ..

MARÍA — (Idem.) Pero buen tipo.

HER. — (Yendo hacia ellas.) ¿Ustedes son amigas suyas? ¿Ustedes la conocen bien?

JUANA — Figúrese usted... Una amiga de cuarenta años.

HER. — ¿De cuarenta años?

JUANA — Sí; porque decir de quince, me parece muy poco como amistad.

HER. — Bueno; puesto que ustedes la conocen, ¿quieren decirme qué significa esto? Hay algo en su actitud para conmigo que no acierto á comprender, que se me escapa...

LAS TRES ¿Qué se le escapa á usted?

HER. En fin, ¿por qué no la gusto?

LUISA ¿Que usted no la gusta? ¿Quién le ha dicho semejante cosa?

HER. A mí me lo parece... Me explico que no esté loca de amor, entre otras cosas porque eso no existe más que en las novelas; pero, ¿por qué huye de mí?

MARÍA No huye de usted...

HER. ¿Es que soy un hombre que asuste?

LUISA ¡Qué disparate!...

HER. Uno mismo no puede hacerse cargo de su físico, pero muchas personas me han asegurado que no soy feo, y algunas hasta me han dicho que soy guapo.

JUANA No me extraña... No me extraña que lo hayan dicho.

HER. Y son personas absolutamente imparciales... Porque á mi mámá no la cuento. Me dice también que soy guapo, pero puede que la ciegue el cariño.

MARÍA No la ciega.

HER. Ya sé que no basta la hermosura en el hombre, y que además hay que ser inteligente.

LUISA ¿Y qué?

HER. ¿Es que yo soy tonto?

LUISA No; no es usted tonto.

HER. Estoy segurísimo de que no soy tonto. Claro que no soy ningún ser extraordinario, pero, en fin... Mi conversación es entretenida.

LUISA Mucho.

HER. Sé una porción de frases y de chistes, y dónde, cómo y cuándo hay que colocarlos para que resulten. ¡Lo que se han reído conmigo algunas veces! Voy á la Bolsa, á los *restaurants*, á los teatros, y así conozco antes que nadie todos los chismes y cuentos del boulevard... Y también los motes... Me sé todos los motes, hasta los míos...

JUANA ¿Los de usted?

HER. Sí; los que me han puesto por ahí, que por cierto no tienen ninguna gracia... ¡Ah!... Se me olvidaba... Soy abogado... Esto no es tan raro en un hombre como en una mujer, pero, en fin, siempre es un título académico... He viajado por Alemania, por Suiza,

por Italia, y hasta he hecho una larga excursión en un yath, que por cierto lo cuento divinamente.

LUISA A mí me la ha contado usted ya dos ó tres veces.

HER. Me alegro, por que así habrá notado usted que no la cuento siempre de la misma manera; lo que demuestra que no la repito como un papagayo. En resumidas cuentas, yo no soy uno de esos señores que no saben de qué hablar ni qué decir.

LUISA Con usted la conversación no languidece.

HER. Claro que no. (Pausa larga.)

MARÍA No habrá por aquí ningún periódico ilustrado.

HER. (Con viveza.) Ahí tienen ustedes; la lectura. Yo he leído la mar de libros. No diré que los haya retenido todos, pero algo se me ha pegado. Se ríen, ¿eh? Parece como si me estuviera alabando.

LUISA Nada de eso.

HER. No hay un hombre menos vanidoso que yo; pero como nadie me dice estas cosas, pues tengo que decírmelas yo mismo. ¿Y bailando?... Bailo también como el primero; y aunque parezca una tontería, siempre se me ocurre alguna figura nueva cuando dirijo un cotillón.

JUANA No es tan fácil como parece.

HER. Usted lo ha dicho, señorita... Y á todo esto, no he querido hablar de mi fortuna, porque no es cosa de ir pregonando por todas partes que tengo tres millones... Me parece que todas estas prendas son bastantes para interesar á una mjer... Y sin embargo, ella... ¿A qué obedece su desvío? ¿Será una táctica?

LUISA No lo sé, pero creo que debe usted tener un poco de paciencia. Ya verá usted cómo acaba por quererle.

TODAS Seguramente.

HER. Seguramente.. Estoy seguro, pero quisiera saberlo cuanto antes... Hay tantas mujeres que estarán rabiando porque las diga algo, y la que yo deseo... tal vez porque la deseo precisamente.

LUISA Es muy posible.

HER. Voy á emplear con ella otra táctica á ver si... Por lo pronto, la he pedido este vals y voy á hacer como que me he olvidado. Bailaré con otra.

LUISA Yo en su caso haría lo mismo.

HER. Es una buena idea (Desde el foro.) Allí la veo, y me parece que viene aquí... Si les pregunta, no la digan ustedes que la estaba buscando.

TODAS Descuide usted. (Mutis Herbert.)

ESCENA XI

LUISA, JUANA, MARÍA, BERTA

BERTA Ya sé lo que le voy á decir; que el médico me ha prohibido bailar. Es un pretexto bastante ingenioso para él.

LUISA Y se lo creerá; pero no era preciso, porque va á hacer como si se le hubiera olvidado el vals... Es una nueva táctica para ver si te impresiona su desvío.

BERTA Magnífico. Dile que su táctica es admirable, pero que la debe seguir toda la vida.

MARÍA ¡Alerta! Se acerca el enemigo.

LUISA ¿La Tombelle. ¿Huyamos, no nos vaya á pescar. ¿Tú no vienes?

BERTA No. A mí no me atrapa. El médico me ha prohibido el vals. (Mutis ellas por la izquierda. Enrique llega derecha.)

ESCENA XII

BERTA y ENRIQUE. Luego BARTHAZARD

ENR (A sí mismo.) Seis copas de champagne... Esto marcha... Parece que todo me da vueltas, pero debe ser una impresión puramente física, porque tengo la cabeza firme... Me convendría bailar un vals, dando las vueltas al revés para restablecer el equilibrio del salón. (Así lo hace. Berta le ve por el espejo, ante el cual se arreglaba, y se ríe. Él queda un poco suspenso

y luego dice:) Señorita, ¿quiere usted que bailemos un vals?

BERTA Muchas gracias. Yo no bailo.

ENR. Imposible... Debe usted bailar admirablemente... pero ya sé por qué no quiere usted bailar conmigo; porque no estoy presentado.

BERTA (Indecisa) Caballero...

ENR. (Vivamente.) Sí, sí, es por eso... Usted es una señorita muy bien educada, que no baila con quien no conoce, ni siquiera le dirige la palabra. ¡Qué mal hace usted!

BERTA ¿Por qué?

ENR. Porque la gente que no conocemos es precisamente la más interesante... Es lo desconocido donde podemos suponer que está lo que buscamos. Yo soy para usted el desconocido, y usted para mí la desconocida... No sé si volveremos á encontrarnos en la vida; creo que no, y, aunque parezca decir algo desagradable, es de desear que no nos encontremos.

BERTA ¿Por qué?

ENR. Porque nunca llegará usted á producirme una impresión tan deliciosa como la de este momento. Lo que conociera de usted más adelante podrá ser bueno, pero siempre inferior á lo que me imagino.

BERTA Eso hace honor á su imaginación, pero no es muy grato para mí. (Se sienta en el puff.)

ENR Sí, sí, también lo es; porque lo que me imagino tiene como punto de partida lo que veo. Es un ensueño, un ensueño dulcísimo inspirado en usted, inspirado en sus ojos... Dispénseme usted, señorita, que le hable de sus ojos sin que me hayan sido presentados, pero creo que ya los conozco mucho y que no los olvidaré tan fácilmente.

BERTA A pesar de no conocerme, me parece que me está usted haciendo el amor.

ENR. ¡Y á mí también me lo parece! ¡Y pensar que si la conociera no me atrevería á enamorarla! Ahí tiene usted otra ventaja de no estar presentado. No sabe usted lo que yo gano cuando no me conocen.

BERTA ¡Estamos en un baile de máscaras!

ENR. ¿Sabe usted lo que se hace en un baile de

máscaras?... Como se va con un disfraz, puede prescindirse de toda prudencia, dejando al corazón que diga lo que quiera.

BERTA Es posible; pero las muchachas como yo no pueden ir á los bailes de máscaras. Sería un poco escandaloso.

ENR. No lo será, porque el escándalo queda entre nosotros: es un escándalo íntimo... Esta es una fiesta familiar, y todo el que nos vea supondrá que nos conocemos.

BERTA ¿Y si viene alguien de mi familia? Están en el baile mi padre y mis dos tías.

ENR. Me presenta usted y asunto concluído.

BERTA ¿Con qué nombre?

ENR. Con el que usted quiera... Y si le gusta la nobleza, puede usted darme un título... O puede usted decir que soy un artista.

BERTA O un comandante de caballería.

ENR. Bueno... Comandante de caballería á los veintiocho años... ¡Vaya una carrerita!

BERTA Acaba usted de declararme su edad y no debía decirme nada.

ENR. Es verdad... He faltado á lo convenido... pero en cambio no le pregunto la suya.

BERTA La edad de las ilusiones.

ENR (Desdeñoso.) Sí.

BERTA ¿A qué viene ese *sí* desdeñoso?... ¿Es que no le ha gustado mi respuesta?

ENR. No, no me gusta. Es una respuesta de baile. Peor aún: es una respuesta de baile blanco. Si yo la conociera, estaría obligado á sonreirla amablemente, con galantería servil; pero como no la conozco, tengo el derecho de ser descortés, y por lo tanto sincero con una persona como usted, que me responde con frases hechas... A mí, que procuro hacérselas á la medida...

BERTA Si yo le conociera, puede que también me hubiese tomado ese trabajo.

ENR ¡Anda, se ha picado!... ¡Se ha picado conmigo por lo que la he dicho!... Yo la revelé mi edad, y ella me descubre su carácter... Empieza á disiparse el incógnito... (Se sienta á su lado.)

BERTA ¿Y empieza usted á tener peor impresión de mí?

ENR. ¿Por qué?... ¿Porque he descubierto que es usted un poco susceptible, que tiene usted cierta vanidad intelectual?... Eso demuestra su pretensión de ser inteligente... A mí no me disgustan las mujeres algo inteligentes... Yo admiro á una mujer cuando la contemplo, pero no me desagrada que me dé un poco más... Algo de su peculiar encanto, un poco de su alma; es decir, de mi sueño... Y mi sueño no tiene nada de extraordinario ni de original, es el de todo el mundo: encontrar una dulce compañera de viaje con quien compartir las alegrías de la vida, y en la que pudiera mirarme á todas horas, mejorado naturalmente. Una mujer que sepa escuchar como usted y mirar y sonreir de la misma manera... No se fije usted en lo que la digo, porque si se fija ya no tendrá ni la misma mirada, ni la misma sonrisa... Y las necesito, porque me hacen tanto bien... No he logrado encontrar jamás á esa mujer de mi sueño. Solo sé que existe, que acaso no esté lejos de mí...

BERTA ¿Es que no le han amado nunca?

ENR. Sí, sí... Me encanta esa pregunta... Yo no me hubiese atrevido á decírselo, y estaba deseando que usted lo supiese.

BERTA ¿Por qué?

ENR. Porque me parece que el haber tenido quien me quiera, da cierto brillo á mi persona. Eso demuestra que no soy un cualquiera, y puede animarla á usted á hacer lo que otras. Es como comprar un portamonedas, un lapicero ó cualquier otra cosa á un vendedor callejero; nadie se atreve hasta que otro se decide... Pues bien, señorita X... si desea usted enamorarse de mí, no se prive de ello... Ya ha habido aficionadas...

BERTA Muchas gracias, no lo deseo.

ENR. Ahora me responde como si nos conociéramos... Coquetea conmigo .. Yo no he coqueteado con usted.

BERTA ¿Coqueta cuando le digo que no tengo ningún empeño en agradarle?

ENR. Es que la coquetería no consiste en agradar, sino en defenderse. Admito que no sienta

usted una tentación irresistible de enamorarse de mí, pero estoy seguro de que si yo la enamorara no le disgustaría... Y hasta me parece que la gusto á usted un poquito.

BERTA Qué fatuo.

ENR. Nada de fatuo... Digo la verdad.

BERTA ¿Y en qué lo ha conocido usted?

ENR. En la manera de escucharme. Me escucha usted con verdadero deleite. Y cuando la digo á uste algo que la gusta, tiene usted una mirada vaga, como si estuviera pensando en otra cosa... Trata usted de ocultar su placer. Es usted una criatura encantadora...

BERTA Eso será lo que usted se imagina.

ENR. No, no... Rectifico mis ideas. Es usted mejor de lo que me imaginaba. Desde que estamos hablando, se ha puesto usted monísima de siete ú ocho maneras diferentes, y mi pobre imaginación no hubiese llegado á tanto... Tiene usted todo un repertorio de cosas bonitas... Cuando está usté alegre... cuando está usted triste... cuando se pone usté así... ó así... Cada vez tiene usted un modo distinto de ser preciosa... Ay, ay, ay, ay...

BERTA ¿Qué le ocurre á usted?

ENR. ¿Qué he venido yo á buscar aquí? (Se levanta y da algunos pasos con agitación.) Ha llegado el momento de marcharse.

BERTA ¿Por qué?

ENR. Porque cuanto más tiempo esté junto á usted más voy á sentir el dejarla.

BERTA ¿Y no puede usted hacer ese sacrificio, á cambio del gusto de hablar conmigo, como usted dice?

ENR. Es que... Mire usted; puesto que aun estamos disfrazados, puedo mostrarla un poco de mi tristeza y decirla que no soy muy dichoso en la vida... No, no soy muy dichoso... Pero tampoco soy muy desgraciado. Porque aunque carezco de muchas cosas, nunca pienso en lo que me falta. (Pausa.) ¿Es usted muy friolera?

BERTA No mucho, ¿por qué?

ENR. Yo no soy muy sensible al frío; menos cuando me arrimo á una chimenea, porque como

me cuesta mucho trabajo separarme, lo siento demasiado á la salida. Pues ahora me parece que he tenido más calor que de costumbre, y al salir voy á pillar una pulmonía. Y ya que estoy en vena de decir barbaridades, allá va otra; me ha aguado usted la fiesta.

BERTA Qué galantería... ¿No ha podido usted decirme algo más agradable antes de despedirse?

ENR. La he dicho lo que más debe agradarle, señorita X... Me acerqué al fuego demasiado... Dígame quien es...

BERTA Ya lo sabe usted... La Desconocida. (Entra Barthazard.)

BART. ¿Cómo? ¿Conoce usted á Enrique?

BERTA Somos antiguos amigos. (Mutis izquierda.)

ESCENA XIII

ENRIQUE y BARTHAZARD

BART. Vamos, no te quejarás... Vaya una nochecita... Después de los sandwiches, champagne; después del champagne, buenos cigarros, ó fumables, por lo menos... Después de los cigarros un poquito de *flirt* para hacer la digestión... No te tratan muy mal estas gentes que no conoces.

ENR. (Melancólico) Calla, calla... No he debido pasar de los cigarros... Acabo de hacer una tontería... Cuando no puede uno permitirse el lujo de la felicidad, lo mejor es pasar de largo sin detenerse á mirar los escaparates.

BART. ¿Pero qué dices? Parece que estás preocupado.

ENR. Nada, nada... Estoy fastidiadísimo, (Se sonríe.) y sin embargo no estoy descontento. Es particular. Me encuentro menos alicaído de lo que pensaba... Y la culpa es de esa estúpida y deliciosa esperanza que todos llevamos dentro... Si tuviera calma para razonar, me diría que estoy soñando un imposible; pero hay en mí una fe obstinada y perversa que me dice que mi sueño no es irrealizable... Sé que debo renunciar y no renuncio... Me encuentras tonto, ¿verdad?

BART. (Después de una pausa.) No.
ENR. Vaya.
BART. No... Porque renunciar á las cosas, es la mejor manera de alcanzarlas.
ENR. Te burlas de mí... Esa es una quimera.
BART. No hay nada quimérico en este asunto.
ENR. Vamos, vamos... Tienes ganas de bromas.
BART. Te estoy hablando en serio. (Le mira.) ¿Quieres casarte con ella?
ENR. No digas tonterias... Tendrá lo menos cien mil francos de dote...
BART. ¿Cien mil francos?... Trescientos mil ó cuatrocientos mil lo menos... Sin contar conque es hija única y el día de mañana tendrá más de un millón. ¿Quieres casarte con ella?
ENR. Te escucho embobado, como un niño escucharía los cuentos de su nodriza. La idea de vivir eternamente junto á esa criatura celestial, es demasiado peligrosa, y me haría sufrir mucho si se apoderara de mí... Sólo como un sueño puedo darme el placer de acariciarla.
BART. Déjate de sueños, porque ahora hablamos de realidades... Tú quieres casarte con esa muchacha, y yo voy á hacer que te cases.
ENR. Adelante, adelante... Sigo soñando...
BART. Ante todo, debes saber que yo tengo una influencia decisiva sobre el padre de esta señorita... Tú eres representante de una casa alemana, cargo que no te produce nada, pero que suena mejor que tu modesto oficio de dibujante de muebles... Hay que explotar eso de representante de una casa extranjera... Desde luego, las casas extranjeras no están en el país, y esto es una ventaja.. Tú no vives en París.
ENR. ¿Cómo que no vivo en París?
BART. No, no... Tú no vives en París, porque en el hotel estás mal instalado, y allí sabe todo el mundo que no eres un buen partido. Vivirás en Bruselas ó en Lieja, donde el señor Gonthier, padre de esa señorita, no conoce á nadie. Yo he visto tus libros; ganas al año de sesenta á setenta mil francos... Ochenta mil es mejor, porque el ocho es más redondo... Además, tienes la representación de

otras casas, también extranjeras; yo he visto tu correspondencia... Perteneces á una gran familia, venida á menos... Y esto es verdad... Has rehecho tu fortuna á fuerza de trabajo. . Esto no es verdad, pero lo será, ya verás...

ENR. Suponiendo que tengas el valor de contarle todo eso... ¿cómo vas á evitar que lo compruebe?

BART. Es que no lo comprobará, porque se fiará de mis informes. ¿No te he dicho que tiene en mí absoluta confianza?

ENR. ¿Cómo te las has arreglado para inspirarle esa confianza? ¿Le has asociado á algún negocio? ¿Le has pedido dinero?

BART. Nunca; porque entonces no la tendría. Veo que no conoces el mundo, querido Enrique... La confianza se obtiene mejor que el dinero... Dar dinero es siempre molesto, mientras que dar confianza es agradable, porque es un sentimiento natural en el hombre... Nada más fácil que tener la confianza de la gente... Ese hombre se sentirá tan feliz al encontrar un partido ventajoso para su hija, que le costará mucho trabajo no creerlo... Y no nos faltarán unos cuantos billetes para los primeros gastos; para que te hagas ropa y puedas enviar unas flores, etcétera, etc. Esto es hecho; dentro de un par de meses te casarás con la hija de mi amigo Gonthier... Después de todo, ¿qué arriesgamos en ello?

ENR. No arriesgamos nada.

BART. Bueno, ¿y qué voy yo ganando?

ENR. Toma lo que quieras.

BART. Me contento conque me des cincuenta mil francos.

ENR. Bien. No es cosa de regatear. Tendrás tus cincuenta mil francos.

BART. Es que no basta decir «tendrás tus cincuenta mil francos»; es preciso firmarlo... ¿A cuantos estamos hoy?

ENR. A 14 de Enero.

BART. Te casarás el 14 de Marzo. El 14 de Septiembre, es decir, seis meses después de tu boda, me pagarás veinte mil francos; y el

14 de Septiembre del año siguiente, los otros veinticinco mil.. Esta misma noche, cuando salgamos de aquí, extenderemos las correspondientes letritas, para que no se evapore tu promesa. Firmarás cincuenta mil francos.

ENR. Firmaré aunque sea un millón.

BART. No, no... Cincuenta mil francos: es más serio.

ENR. Serán dos firmas inútiles.

BART. No, no... Venderás tu alma al diablo... Y ahora me voy á buscar al papá. Quiero empezar sobre la marcha. (Mutis.)

ESCENA XIV

ENRIQUE, BERTA y LUISA

LUISA Mira, aquí está el caballero misterioso.

BERTA Haz el favor de callarte.

LUISA ¿Sabes que es muy guapo?

BERTA No seas tonta; déjame en paz.

LUISA Te dejaré en paz, si me lo presentas.

BERTA (A Enrique.) Mi amiga desea que le presente á usted... El Desconocido... Mi amiga Luisa Ternín.

LUISA Caballero... Hace tiempo que conozco á muchas personas de su familia.

ENR. ¿De veras?

LUISA Es muy simpática la numerosa familia de los desconocidos.

BERTA Por lo menos yo sé de uno que le conoce; el señor Barthazard. ¿Hace mucho que es usted amigo suyo?

ENR. No mucho, ¿y usted?

BERTA Tampoco, pero papá le tiene en gran estima. Dice que es muy listo y que le inspira la mayor confianza. Es una buena persona, ¿verdad?

ENR. Muy buena.

BERTA Parece que no lo dice usted muy convencido.

ENR. Sí, sí.

BERTA ¿Son ustedes íntimos?

ENR. Mucho.

BERTA Es particular. Le conozco á usted desde hace un momento y ya me interesa saber lo que piensa de la gente.

ENR. Le agradezco á usted la lisonja.

BERTA Tengo que apresurarme á ser lisonjera, porque cuando nos conozcamos de verdad no me será posible.

ENR. Apresúrese usted, apresúrese usted.

BERTA Voy á hacerle otra declaración, que será la última... Siento cierta confianza hacia usted, porque me parece usted un buen chico.

ENR. Eso puede ser un poco aventurado.

BERTA Pues me gusta decirlo, y estoy segura de que no me engaño. (Pausa.)

ENR. Y... ¿ha bailado usted mucho esta noche?

BERTA ¡Ay, ay!... Ahora parece que me conoce usted demasiado, porque empieza á entrar en la vulgaridad... (A Luisa.) Qué tímido... No le gusta que le llamen buen chico... Aquí viene papá con Barthazard...

ESCENA XV

DIAHOS, GONTHIER, BARTHAZARD

BART. (A Gonthier.) Lo admirable de estos negocios de representación, es que el representante se baña siempre en agua de rosas... No tiene ningún gasto, no corre ningún riesgo... Y si por casualidad la casa quiebra, lo que les sucede á las más sólidas—en seguida encuentra otra que conociendo su valer le confía sus intereses. (Al ver á Enrique, bajo á Gonthier.) Aquí está el joven de quien le hablaba. (Presentándoles.) Mi amigo Enrique Calvel. El señor Gonthier.

GONT Caballero. (A media voz á Barthazard.) ¿Cree usted una imprudencia que le invite á tomar el té con nosotros?

BART Invítele usted. Es muy campechano.

GONT Nuestro amigo Barthazard me ha hecho de usted tantos elogios, que estoy encantado de conocerle. Cabalmente, uno de estos

días debe venir á tomar el té con nosotro?... ¿Quiere usted tener la amabilidad de acompañarle?...

ENR. Con mucho gusto.

GONT. Escojan ustedes el día que mejor les parezca. Mi hija y yo salimos poco de casa. (Presentándole.) Mi hija...

ENR. Señorita.

BERTA (Yendo hacia él.) Entonces, ¿contamos con usted?

LUISA ¿Contamos con usted?

ENR. Con mil amores.

GONT (A Barthazard.) Dígale usted que Berta es muy buena... A mí no me parece bien.

ENR. Es una criatura encantadora la señorita Gonthier.

GONT Yo no me hubiera permitido decirlo, pero puesto que lo dice el señor Barthazard... Y si viera usted; cuanto más se la conoce produce mejor impresión.

ENR. Aún sin conocerla, tengo de ella una impresión excelente.

GONT. (Un poco cortado.) Vaya, vaya. (Sonríe.)

ENR. (Sonríe.) Vaya...

GONT. De modo que hasta pronto... Contamos con usted. (Le da la mano.)

ENR. Repito las gracias.

GONT (A Barthazard.) ¿De acuerdo? (A Berta.) ¿Quieres que nos vayamos?

BERTA Sí, papá... Voy á buscar el abanico que me he dejado en el salón. (A Luisa.) ¿Vienes con nosotros?

LUISA No. Mi abuelita se divierte mucho viendo bailar, y no nos iremos hasta que no quede nadie. (Mutis foro. Berta sale por la izquierda.)

GONT. (Desde la misma puerta.) ¿Vamos, Berta? (Mutis ambos por la izquierda.)

ESCENA XVI

BARTHAZARD, ENRIQUE; luego BERTA y GONTHIER

BART. Iremos pasado mañana por la noche. No le he querido decir que mañana mismo para no precipitar los acontecimientos.

ENR No, no... Es un fastidio... Yo no iré. Prefiero renunciar á todo.

BART ¿Cómo que no irás?... Me has dado una palabra, y ya no puedes volverte atrás... La cosa marcha, como ves.

BERTA (Vuelve con su padre.) ¿Hasta pronto?

(Gonthier le tiende la mano á Enrique.)

ENR. (Aparte) Es la tercera vez que nos damos la mano.. Me parecen muchas.

GONT. ¿Contamos con usted?

ENR. Sí, sí. (Al volverse se encuentra de nuevo con él y le alarga la mano.)

GONT Hasta uno de estos días.

BERTA ¿Hasta pronto, verdad?

ENR. Hasta pronto. (Mutis Berta y su padre.)

BART ¿Irás?

ENR. No lo sé.

(Telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un salón elegantemente amueblado. Al levantarse el telón. Leontina entra en escena con un dependiente que trae una cesta de flores y la deja sobre una mesa.

ESCENA PRIMERA

LEONTINA, un DEPENDIENTE; después FÉLIX

LEON. Déjala aquí mismo... Vaya una hermosa cesta...

DEP. Ya lo creo... Toda la flor fina, y sin ninguna hortensia que son una engañifa para hacer bulto... Sabemos servir... Sobre todo á los buenos parroquianos.

LEON. Le va á gustar mucho á la señorita cuando vuelva.

DEP. ¿No está en casa?

LEON. No, pero no te apures que se te dará la propina de siempre. Ha salido en auto con su papá como todos los días para acostumbrarle. El pobre señor tiene un miedo horrible, y en cuanto el *chauffer* aprieta un poco la marcha ya le está gritando que pare... Así es que de tanto echar los frenos se gastan los neumáticos y estallan que es lo que le gusta al señor, porque hay que repararlos, y mientras los reparan está parado el coche.

DEP. ¡Qué lástima!... Tienen automóviles de vein-

te mil francos y no saben aprovecharlos... A mí que me dieran un auto... ¿Qué un auto?... Una simple moto... ¿Qué una moto? Una tri... una tri... cualquier cosa sin motor... Qué á gusto serviría todos los encargos.

FÉLIX (Desde la puerta.) Acaba de llegar el señorito. Está en el gabinete.

LEON. Yo le pasaré aquí para que vea que han traído sus flores... Anda, llévate al muchacho y dale un vaso de vino y la propina.

DEP. Muchas gracias. (Mutis con Félix puerta lateral.)

LEON. (Abriendo la del foro.) Pase usted, señorito Enrique... Aquí estará usted mejor.

ESCENA II

LEONTINA, ENRIQUE elegantísimo; luego FÉLIX

ENR. Buenas tardes, Leontina.

LEON. Buenas tardes, señorito... La señorita y su papá vendrán en seguida, porque ya supondrán que el señorito les estará esperando. . ¡Ah! y muchas gracias por el ramillete de hoy... Cada día me parecen más bonitos.

ENR. (Un poco extrañado.) ¿El ramillete?... ¡Ah, sí!...

LEON. También le tengo que dar las gracias al señorito por lo de anoche... El señorito es demasiado bueno conmigo.

ENR. ¿Lo de anoche?

LEON. Sí; los diez francos que el señor Barthazard me dió de su parte.

ENR. ¡Ah, sí!... (Se sienta en una butaca.)

LEON. ¡Qué suerte ha tenido la señorita de encontrar un novio como el señorito!... Y el señorito también ha tenido mucha suerte al encontrar una novia como la señorita .. No la hay tan buena ni tan preciosa en el mundo. ¿Y lo que le quiere?... Yo hago como que no me entero, pero los oigo hablar del señorito al señor y á la señorita... La señorita dice que el señorito tiene mucho talento y que la dice unas cosas muy bien dichas... El señor dice que el señorito es muy formal, y que pocos á la edad del señorito se hubie-

ran hecho la posición del señorito... (Enrique, que la ha escuchado con gusto, empieza á impacientarse.)

FÉLIX (Desde la puerta.) Vienen preguntando por usted.

ENR. ¿Por mí? ¿Quién?

FÉLIX Parece un artista, un pintor.

ENR. Pero venir aquí...

LEON. Puede recibirle el señorito... Ya sabe el señorito que está en su casa. (Mutis con Félix.)

ESCENA III

ENRIQUE, THIBAUDELL con una levita negra muy decente, sombrero blando y corbata flotante

ENR. Calle... Si es Thibaudell... Y el criado te tomaba por un pintor.

THIB. Porque llevo chalina y sombrero flexible... Tiene ideas muy atrasadas ese criado. Hoy todo el mundo lleva sombrero, flexible menos los artistas precisamente.

ENR. El gran Thibaudell... Cuánto me alegro verte...

THIB. Lo creo, porque ni siquiera te extraña que haya venido.

ENR. Es verdad.

THIB. Como me digiste que recibiera tus cartas del hotel y has tenido un aviso urgente, fuí á buscarte á tu nueva casa, que por cierto es magnífica.

ENR. Sí, sí...

THIB. Allí me dijeron que aquí te encontraría... Mira... una letra de treinta y cuatro francos que han presentado esta mañana. (Se la entrega.)

ENR. Sí. Es de mi sastre... La primera de una serie de cuatro... Y lo más desagradable es que ya he desechado el traje que pretende cobrar esa letra... Se lo dí á un barrendero. De modo que ahora empiezo á pagar el traje del barrendero.

THIB. ¿Por lo visto tienes intención de pagar?

ENR. Sí, sí.

THIB. Ya sabes que hay tiempo hasta mañana por la tarde, antes del protesto.

ENR Voy á darte ahora mismo el dinero.

THIB. ¿Cómo?... Te veía bien vestido, muy elegante... pero de eso á pensar que tuvieras treinta y cuatro francos.

ENR Toma; un billete de cincuenta.

THIB. Te advierto que no tengo cambio.

ENR Es igual; ya me darás la vuelta cuando nos veamos.

THIB. No me digas eso... No me impidas que te vuelva á ver. Porque yo soy un amigo que haría por tí los mayores sacrificios, menos el de devolverte esos francos... No. El dinero, lo recibo raras veces, algunas lo doy, pero jamás lo devuelvo.

ENR. (Pensativo.) Sí, sí... Así es como yo entendía la vida.

THIB. Es la única manera... Solo se recibe con gusto el dinero, cuando no hay que pensar en devolverlo... En fin, tu ya has resuelto el problema según parece; eres feliz, estás satisfecho.

ENR No, no lo creas. Todo lo contrario.

THIB. ¿Qué dices?

ENR La verdad... Tu puedes saberlo, porque eres mi amigo y porque estoy deseando hablar con alguien á quien no tenga que contarle un embuste... A mí me ha traído aquí Barthazard... ¿Conoces á Barthazard?

THIB. Le conocía; porque desde que pica más alto ya no se digna saludarme.

ENR. Bueno; pues ese Barthazard, que es un tipo fantástico, es quien me ha metido en estos líos. Aquí, donde me ves, soy representante de una casa alemana.

THIB. Sí; ya lo sé.

ENR. No, no lo sabes; soy representante de una casa alemana de metalurgia, y gano unos ochenta mil francos al año... ¿A que no lo sabías?

THIB. Chico, chico... Que sea enhorabuena...

ENR. No hay de qué.. Son cosas que ha inventado Barthazard para deslumbrar á esta familia que le tiene por un oráculo, y casarme con la hija.

THIB. ¿Y tú crees que se tragarán la píldora?

ENN. Yo creo que no, que se enterarán el día menos pensado... pero Barthazard sigue impertérrito, confiado en su audacia, asegurándome que no nos descubriran... Casi me alegraría que nos descubrieran, para terminar de una vez este endiablado asunto y volver á mi hotel, á nuestro hotel, á reanudar mi vida... Mi vida modesta, pero tranquila.

THIB. Pues anda ¿á qué aguardas?... Estamos reducidos á jugar al *bridge* de tres, el dueño, el traductor y yo... Ven á hacer el cuarto... Si tienes tantas ganas de que se enteren, ¿por qué no se lo dices tú mismo?

ENR. ¡Ay, Thibaudel!... ¿Quieres que te diga la causa? Por que estoy enamorado... No te rías. Estoy enamorado.

THIB. No me río.

ENR. Nunca creí hasta ahora que esto fuera posible... Me ha sucedido varias veces encontrar una mujer bonita, y decirla con entusiasmo, «estoy enamorado», repitiéndolo todo el día y toda la noche para convencerme... A la mañana siguiente ella se reía y yo había perdido la ilusión. Y como no conseguí engañarme, después de esos ensayos decidí que no existía el amor... Pero sí existe, ¿lo oyes?... sí existe... Puedes decírselo á los amigos y en todo el barrio... Cuando estoy á su lado, procuro convencerme de que no la quiero, de que me es indiferente, y me convenzo de todo lo contrario.

THIB. Pobre Enriquito.

ENR. Y cuanto más razono de menos me sirven las razones... Sé que hay miles de mujeres bonitas en el mundo, pero las otras no son ella.

THIB. Eso es evidente.

ENR Y por eso la quiero; por ser ella... Si se convirtiera en una roca...

THIB. No es muy probable.

ENR Si se convirtiera en una roca, querría á esa roca por ser ella... ¿Estoy ó no estoy enamorado?

THIB. Sí, sí; has caído.. En fin, ¿cómo acabará todo esto?

ENR. No lo sé.

THIB. Yo no puedo salvarte... Lo único que puedo hacer es salvar esa letra de treinta y cuatro francos, y lo voy á hacer ahora mismo... Adiós, joven exaltado.

ENR Adiós. (Mutis Thibaudel. Enrique se sienta muy preocupado.)

ESCENA IV

ENRIQUE y LUISA

LUISA (Se le acerca despacito.) El que espera desespera...

ENR ¡Ah... Luisa!

LUISA Pensando en ella, ¿verdad?

ENR. Sí; como siempre... Todo lo demás, me es indiferente.

LUISA Muchas gracias por la parte que me toca.

ERN. No lo digo por usted... Ya comprende usted lo que quiero decir. Cuando se está enamorado, el único sueño es vivir lejos del mundo.

LUISA Sí, sí, en una choza, vestido con cuatro trapos y comiendo pan duro...

ENR. Justo, aislados de la vida, sin pensar en lo que se llama una buena posición, despreciando todo lo que se cotiza... Escuche usted, Luisa... Voy á hacerle una pregunta de la mayor importancia, y la ruego que me conteste con absoluta sinceridad... ¿Conoce usted mucho á Berta.

LUISA Mejor que á mí misma.

ENR. Entonces... Si yo no fuera lo que parezco... Si en vez de ser... representante de una casa comercial con... un gran sueldo, fuese un pobre muchacho sin fortuna, ¿cree usted que me querría?

LUISA Indudablemente... Ella no le quiere á usted por su dinero, ni lo necesita porque tiene de sobra para los dos... A mí me consta que ha rechazado á un pretendiente con tres millones.

ENR. ¿De veras?... ¿Está usted segura? Oiga usted,

yo había pensado una prueba un poco romántica. A ver qué le parece á usted... Si yo la dijera que soy... Mejor dicho, que no soy lo que se figura; que carezco de posición y vivo en una callejuela de un barrio extraviado, en un cuartito muy bajo de techo, pero muy alto de piso. Si yo la contara que gano, con mucho trabajo, unos cien francos al mes; haciendo... haciendo, por ejemplo, dibujos para muebles...

LUISA ¡Oh, qué verosímil!...

ENR. Completamente verosímil. Quiero que sepa. (Conteniéndose.) Quiero que se figure todo esto, y que me creo feliz con ese cuartucho, porque antes de tenerle me he visto obligado á dormir en una cochera, dentro de un ómnibus retirado del servicio...

LUISA ¡Qué imaginación!... Pero, ¿puede existir eso?

ENR Ya lo creo que existe... Conozco alguien á quien le ha ocurrido, y quiero decir á Berta que ese alguien era yo... Y que me he pasado las horas muertas esperando á que me tomaran un dibujito; y que una vez en un balneario tuve que formar parte de una orquesta de tziganos, pasando la bandeja porque no sabía tocar otro instrumento...

LUISA Todo eso es una fantasía.

ENR. Sí, sí... Tiene algo de fantástico, pero quisiera presentarme á Berta bajo ese aspecto, á ver lo que dice.

LUISA (Sonriendo.) ¿Quiere usted mi consejo?... No lo haga usted.

ENR. (Con violencia.) ¿Por qué? ¿Por qué?... ¿Entonces es que no me quiere por mí mismo?

LUISA Sí, sí; le quiere, pero como es tan desconfiada dudaría de la sinceridad de su cariño..

ENR. Eso es lo que yo me figuraba. (Cae abatido en un sillón.)

LUISA Qué manera de atormentarse... Qué hombre más complicado... No le basta con lo que es, y necesita saber lo que sucedería si fuera otra cosa... Vamos, Enrique, goce usted lo que tiene, sin pensar en lo que no existe... No se caliente usted la cabeza... (Aparte.) Parece tonto...

ESCENA V

DICHOS, GONTHIER y BLIVET

GONT. Aquí está... Dice Berta que la dispense usted un momento. Ha ido directamente á su cuarto, donde la esperaba la modista. Y á usted, Luisa, que vaya un instante en calidad de crítico.

LUISA ¡Ah, sí!... Es una misión de confianza. Hasta ahora mismo. (Mutis.)

GONT. (Presentando.) El señor Blivet, uno de mis mejores amigos. (A Enrique.) Venimos de dar nuestro paseíto en automóvil... ¡Ah...! Ya estoy tranquilo hasta mañana á las tres. (A Blivet, por Enrique.) Aquí le tienes... A la edad en que otros empiezan á buscar su camino, él ha logrado ya una posición soberbia.

ENR. Por Dios, señor Gonthier, usted exagera...

GONT. Dice que exagero.

ENR. Sí, sí...

GONT. (A Blivet.) Lo que yo te decía... Siempre que se habla de su situación, parece como que no le gusta... pero conmigo no le vale... Barthazard me tiene al corriente de todo, me ha enseñado sus notas, sus números... Cerca de ochenta mil francos un año con otro...

ERN. ¡Cerca de ochenta mil francos!...

GONT. Podemos hablar de estas cosas delante de Blivet, porque es como de casa... ¿Verdad que es magnífico?

BLIVET Ya lo creo.

GONT. Digo. Y para que este lo confiese, que es tan descontentadizo.

BLIVET ¿Yo?

GONT. Sí, hombre, sí; tú... Ahora mismo te he enseñado mi automóvil y como si tal cosa... Ni siquiera te has impresionado. (A Enrique.) ¿Qué es lo que me ha dicho Barthazard de esa fábrica de Westfalia que le ha hecho á usted proposiciones?...

ENR. ¿Eh? ¿Qué le ha dicho Barthazard?

GONT. No tenga usted cuidado que no saldrá de

entre nosotros. Hable usted sin temor... ¿Es esa fábrica rival de la suya, que le ofrece á usted el doble?

ENR. Es inútil. No aceptará.

GONT. ¿Y por qué razón?... ¿Por la rivalidad? ¡Bah! Debe usted aceptar. Y si hubiera combinación para tener las dos á un mismo tiempo... Y yo no sé si esto es posible, pero... ¿qué te parece, Blivet?

BLIVET Sí, sí..

GONT. ¡Ah, pues cuando Blivet lo dice!... Es un hombre que entiende mucho de negocios... Y sobre todo de esos. Se dedica á lo que usted.

ENR. ¿A lo mismo que yo?

GONT. Sí; á la metalurgia.

ENR. (Aparte.) ¡Vaya por Dios!

GONT. Es un gran metalúrgico.

ENR. (Aparte.) Ha llegado el momento.

BLIVET ¿Usted representa á la casa Artberg Co-sellschaft?

ENR. Sí, sí.

BLIVET Y trabajan ustedes principalmente en los aceros al cromo, ¿no es eso?

ENR. Eso es; en los aceros al cromo.

BLIVET ¿Para qué aplicaciones?

ENR. Para todas las aplicaciones...

BLIVET ¿Tienen ustedes también aceros al ferroaluminio y al iridio?

ENR. También.

BLIVET ¿Y están ustedes contentos de los aceros al iridio?

ENR. No descontentos.

BLIVET Sin entrar en los detalles de fabricación naturalmente secretos, ¿podría usted decirme los resultados obtenidos como elasticidad y como resistencia?

ENR. Pues.. muy buenos resultados.

BLIVET ¿A qué cifra de resistencia llegan ustedes?

ENR. De diez á doce. (A media voz.)

BLIVET ¿Diez ó doce?

ENR. Trescientos..

BLIVET (Asombrado.) ¡Ah!

ENR. (Aparte.) ¡He debido decir una barbaridad! Me alegro, porque así se descubrirá todo de una vez y me pondrán de patitas en la calle.

BLIVET (A Gonthier.) ¡No quiere hablar!... ¡Debe ser un águila para la parte comercial!

GONT. ¡Dicen que es de primera! (Acercándose á Enrique.) Sí, sí. ¡Ya lo sabemos! ¡De primera! Pero ahora caigo en que sólo le hablo de su posición, como si únicamente pensara en su fortuna. ¡Nada de eso! No es su posición lo que me agrada, sino usted mismo. No crea usted que le caso con mi hija porque gane usted mucho dinero.

ENR. (Conmovido.) Gracias, señor Gonthier.

GONT. Afortunadamente, mi hija no necesita lo que usted gana, y aunque no tuviera usted un cuarto me seguiría gustando.

ENR. (Con entusiasmo.) ¡Cuánto se lo agradezco!... No puede usted figurarse el placer que me causan esas palabras...

GONT. Claro es que si no tuviera usted nada no se casaría con ella, porque, aunque no nos haga ninguna falta, su dinero es una garantía de que es usted un muchacho formal. (Dándole una palmadita en el hombro.) Muy formal. (Enrique sonríe con tristeza. Entran Berta y Luisa.)

ESCENA VI

DICHOS. BERTA y LUISA; después BARTHÁZARD

GONT. Vamos, niñas. ¿Terminó ya esa famosa prueba?

BERTA Quiá. Eso no se acaba nunca. (Da la mano á Enrique.) Buenas tardes.

ENR Buenas tardes.

BERTA ¿Qué te pasa?

ENR ¡Nada!

BERTA ¿Tus negocios?

ENR Sí.

BLIVET ¡Ahora es cuando van á empezar las sesiones de prueba! ¡Ah, ah! (Ríe.)

GONT. ¡Ah, ah! (Ríe. Berta y Enrique algo cortados.)

LUISA ¡Ah, ah! (Ríe. Pausa.) ¡Qué bonita situación! Todos sabemos de lo que se trata y nadie lo quiere decir... Romperemos el silencio. ¿Cuándo es la boda?

GONT. Por mi parte, cuanto antes mejor. (A Enri-

que.) Pero ya le he dicho que tenemos que ir á Versalles para darle la noticia á una tía mía; porque si lo sabe después de casados... ¡el Señor nos libre!... En cuanto tenga usted una tarde disponible, á Versalles.

BERTA ¿En auto?

GONT. Mejor es en el tren. Y en cuanto cumplamos con la tía, yo creo que deben ustedes empezar á buscar casa.

BERTA ¿Qué barrio te parece mejor?

ENR Cualquiera, siempre que no sea muy extraviado.

GONT. Ya hablaremos de eso. ¿Por qué no vamos á Versalles mañana mismo?

ENR ¿Mañana?... No sé si podré.

GONT. Sí, sí.

ENR. No, no.

BERTA ¿Por qué?

ENR. Porque... En fin, ya veremos. (Berta habla con Luisa. Gonthier toma del brazo á Enrique y lo aleja un poco.)

GONT. Y tenemos que hablar también de otra cosa. Todavía no le he dicho lo que doy á mi hija.

ENR. Nada, nada... No me diga usted nada.

GONT. Sí, sí. Berta lleva quinientos mil francos de dote.

ENR. Por Dios, señor Gonthier, no me hable usted de eso. Le aseguro que es lo único que enturbia mi felicidad.

GONT. ¡Cómo!... ¿Preferiría usted casarse sin dote?

ENR. Yo no soy partidario de la dote. Yo creo que el marido debe subvenir á todas las necesidades del hogar.

GONT. Ya sé que puede usted hacerlo.

ENR. Sí, mas aunque no pudiera, le diría lo mismo.

GONT. Bien, pero si un año se le torcieran sus asuntos... Claro es que siempre podría usted recurrir á mí.

ENR. Procuraría arreglarme sin decirle nada. Tengo mis ideas sobre eso.

GONT. Tendría usted que reducir gastos.

ENR. Me reduciría... Me reduciría.

GONT. Es usted un hombre especial. ¡Qué exageración! ¿En qué mejor empleada mi fortuna que en ayudar á mis hijos?

ENR. Hay otras cosas en qué emplearla. Hay muchas maneras de hacer el bien. Hay tantos infelices que se mueren de hambre, ó poco menos, dibujando modelos de muebles. (Entra Barthazard.)

GONT. Verá usted cómo el amigo Barthazard no cree lo mismo.

ENR. Sí, sí... Lo cree, lo cree.

GONT. (A Barthazard.) ¿Sabe usted lo que dice este hombre extraordinario? ¡Que renuncia á la dote de mi hija!

BART. ¿Ah, sí? Muy bien, muy bien.

GONT. Usted me dijo que era muy desinteresado, pero no creí que lo fuera tanto, la verdad. Oye, Blivet. (Coge á Blivet del brazo y suben al foro.)

BART. (A Enrique.) ¿Pero qué le has dicho á tu futuro suegro? ¿Qué es eso de renunciar á la dote?

ENR. La verdad.

BART. ¡Estás fresco! Claro es que después de la boda él tendrá que pagarlo todo, pero desgraciadamente aun no hemos llegado al contrato.

ENR. Ya te he dicho que el asunto es muy comprometido... Además empieza á torcerse.

BART. ¿Cómo á torcerse?

ENR. Sí. ¿Ves á ese señor que parece un cualquiera? Pues es un metalúrgico.

BART. ¿Y qué?

ENR. Me ha preguntado una porción de cosas.

BART. ¿Y tú qué has respondido?

ENR. Una porción de barbaridades.

BART. Ah, sí. Lo has hecho á propósito.

ENR. No, no; naturalmente. ¿Crees que se puede representar un papel como el mío de la noche á la mañana? Antes he debido estudiar tres años en la Escuela de minas.

BART. Yo lo arreglaré. (Va á buscar á Blivet.)

BERTA (Acercándose á Enrique.) Gracias por las flores. Ya me dijo Leontina que las habían traído. Y por los bombones.

ENR ¿Los bombones?

BERTA Los encontré en mi cuarto como de costumbre. Pero, ¡vaya una cara! No se le hablará á usted una palabra mientras siga con esa

cara tan compungida. (Enfadándose con zalamería, vuelve donde está Luisa y hace grupo con ella y Gonthier. Enrique queda solo y pensativo.)

BART. (A Blivet.) ¿Y qué? ¿Habló usted con nuestro hombre?

BLIVET Muy poca cosa.

BART. ¡Como que nunca dice nada! (Se acerca Gonthier.) Además de la casa alemana, representa también, aunque no oficialmente, á otras casas rusas donde creo que están interesados los grandes duques. Esa es la parte más saneada de sus rentas. Pero no hay quien le saque una palabra del cuerpo. Esta especie de incógnito le favorece mucho. Es un hombre maravilloso.

BLIVET ¿Y por qué se pone al servicio de las empresas alemanas ó rusas en vez de buscar aquí mismo?

BART. En Francia no le pagarían bastante.

BLIVET ¿Y por qué no? Yo conozco alguna que sabría recompensar debidamente sus servicios.

BART. ¿La de usted acaso?

BLIVET ¡Quién sabe!

GONT. Lo que me preocupa es verle así como abatido... Tiene un aspecto demasiado siniestro para un hombre que está en víspera de casarse.

BART. Es su manera de ser. En el fondo está contentísimo.

BLIVET Yo me lo explico perfectamente. ¡No le dejamos á solas con su novia!... Creo que deberíamos marcharnos sin decirles nada.

GONT. Es verdad; vámonos. (Mutis despacito con Barthazard.)

BLIVET (A Luisa.) ¿No tenía usted qué hacer algo allí dentro?

LUISA ¿Yo?... ¡Ah, sí! Comprendido. (A Berta y Enrique.) Ustedes dispensen. (Mutis con Blivet.)

ESCENA VII

BERTA y ENRIQUE. Luego BARTHAZARD

BERTA ¡Gracias á Dios que estamos solos!... ¿Quieres decirme qué es lo que te pasa? ¿Por qué

te opones á que vayamos mañana á casa de la tía?

ENR. Si yo no me opongo...

BERTA Sí, sí; lo vienes retrasando de un día para otro... Yo no debía hablarte de esta manera, porque parece que soy quien tiene prisa por casarse. en vez de ser tú como antes me decías... ¿Es que has cambiado?... ¿Es que ya no me quieres?

ENR. (Exaltado.) ¡Nunca te he querido tanto como ahora!

BERTA Entonces, ¿por qué vacilas? ¿por qué vas aplazando la fecha de nuestra boda?

ENR. No... si... Es porque... No sé cómo explicártelo... Estoy así como aturdido por la rapidez de mi dicha, porque no sé disfrutar de las cosas que pasan muy deprisa... Y luego este período de novios es tan delicioso que debería durar toda la vida... ¡Estos dulces momentos de espera no vuelven jamás!

BERTA ¡Qué cosa tan rara!... Comprendo que una persona desilusionada ó un viejo de ochenta años hablen con emoción de sus tiempos de novios; pero que tú quieras eternizar la espera, no me lo explico. Tú me ocultas algo, Enrique.

ENR. ¿Yo?

BERTA (Mirándole con fijeza.) ¿Es que no eres libre?

ENR. ¿Cómo que no soy libre?

BERTA Quiero decir que si no hay nada en tu vida que te reclame... La noche en que me hablaste por primera vez, me dijiste que te habían querido... ¿Hay alguien en el mundo que pueda impedir nuestra boda?...

ENR. Nadie; te lo juro.

BERTA Te creo... ¿pero entonces? ¿Por qué?... ¿por qué?... ¡oh, sí!... ¡Es que ya no me quieres! (Se oculta la cara entre las manos.)

ENR. (Fuera de sí.) ¡Llora!... ¡La hice llorar! ¡Esto es abominable!... ¡Yo no quiero que llores! ¡Vámonos al fin del mundo!... ¿Quieres huir conmigo?

BERTA (Estupefacta.) ¿Huir? ¿Para qué, si soy tuya? Me harás creer que no eres libre, que no puedes casarte conmigo...

ENR. Sí, sí; me casaré contigo... Nos casaremos

en el extranjero, en una capillita... Llevaremos una vida modesta y yo trabajaré para vivir.

BERTA ¿Pero por qué?... ¿por qué quieres que abandone á papá?

ENR. ¡Detesto todo lo que te rodea!

BERTA ¿Y vas á abandonar tu posición?

ENR. Inmediatamente.

BERTA Calma, por Dios, Enrique.. Hace un momento estabas demasiado tranquilo y ahora estás demasiado exaltado... ¿Por qué huir, cuando todo el mundo es tan bueno para nosotros? ¿Por qué abandonar á papá que nos quiere tanto? .. Si tus negocios te preocupan, no trabajarás después que nos casemos; papá te lo ha dicho. ¡Pero no me atormentes más! Te hablo con el corazón porque te veo intranquilo y no eres tan feliz como mereces... Y porque te quiero, Enrique...

ENR. ¡Habla, habla!... Cuando te escucho no pienso más que en ti y me siento á tu lado lejos del mundo... Toda mi vida está en tus ojos. (Se estrechan las manos, mirándose un instante en silencio. A poco se oye la voz de Barthazard y Enrique se desploma en una butaca, diciendo:) ¡El mundo que vuelve!

BART. (Entrando) Tengo que darte una buena noticia.

ENR. ¡Otra noticia!

BERTA ¡Ya estás otra vez con una cara!... Te dejo con tu amigo, á ver si se te pasa... (Le tiende la mano que Enrique besa con efusión.) ¡Pero no me voy á la China!... ¡Volveré en seguida! (Mutis.)

ESCENA VIII

BARTHAZARD y ENRIQUE

BART. Oye la noticia. Blivet se ha chiflado contigo. Quiere despedir á su director que le sirve admirablemente hace veinte años, y tomarte á ti, sólo porque no te conoce; y quiere triplicarte el sueldo... Ya ves que la cosa marcha.

ENR. (Ambiguo.) Sí, sí...

BART. Pero de todos modos hay que activar el asunto. . ¿Por qué no puedes ir mañana á Versalles?

ENR. Me parece demasiado pronto.

BART. No, no... Yo no puedo esperar. He gastado más de lo que tenía en tus preparativos; en las flores, en los bombones y demás frioleras que regalas tú á Berta todos los días... Necesito dinero y sólo puedo tenerlo negociando tu primera letra. Pero para eso hace falta que sea oficial la noticia de tu boda. Cuando se sepa que vas á ser yerno de Gonthier, tus autógrafos empezarán á cotizarse... Sí, sí; debes ir mañana mismo á Versalles.

ENR. Déjame aún dos ó tres días.

BART. Mañana, mañana.

ENR. Bueno, pues entonces...

BART. Entonces, ¿qué?,..

ENR. ¡Ni mañana ni nunca!...

BART. ¿Pero estás loco?... ¿Qué es lo que te pasa?

ENR. Me pasa que ya estoy harto; que no puedo mentir á todas horas como un bellaco... Alguna vez que otra, bueno; pero constantemente... sin descansar... ¡Es abrumador!... ¡Y luego, que hace falta una memoria!... Es mucho más fácil decir la verdad, porque nunca tiene uno miedo de equivocarse.

BART. ¡Pobrecillo, te compadezco!...

ENR. Puedes compadecerme, porque es poco divertido. . Y además de fatigarme me repugna... Tal vez tú no alcances á comprender esto...

BART. (Irónico.) Seguramente... No llego á tu nivel moral.

ENR. No se trata de eso... He querido decirte que es mucho más penoso para mí que para ti, porque yo tengo que mentir á ella... á la única persona que quiero en este mundo.

BART. Precisamente porque os queréis, la cosa no tiene importancia. Cuanto más te acerques al final habrá menos peligro de ruptura, y luego, al descubrirse la verdad, una escenita de familia y todo arreglado...

ENR. Sí, sí; pero será una compostura.

BART. ¿Y qué? Será una compostura, una felici-

dad remendada... Siempre será mejor que lo que antes tenías.

ENR. Cuando se ha creído tener lo que yo esperaba, no se contenta uno con remiendos... Tú no puedes comprender esto...

BART. Tienes razón; no lo comprendo.

ENR. Tú crees que se puede entrar en la intimidad de las gentes, inspirándolas confianza, amistad ó amor, y á mí me parece espantoso profanar tan hermosos sentimientos, utilizándolos como instrumentos de fractura. Recuerdo que un día, siendo yo niño, un criado de casa cogió un cuchillito de oro cincelado para abrir un aparador cuya llave se nos había perdido... Abrió el aparador, pero estropeó el cuchillo y jamás le pudimos utilizar.

BART. Ahora me sales con una fábula... ¡Te sientes moralista!

ENR. Repito que no se trata de moral... ¡Es que me pides un imposible!... Berta me ama, me cree un muchacho formal...

BART. ¡Y lo eres!... Terriblemente formal.

ENR. El día que descubra que se ha engañado...

BART. Te perdonará.

ENR. Tal vez, porque el amor es débil; pero no es eso lo que yo quiero... Tú no sabes lo que es ver reflejarse la confianza, la ternura, el abandono en unos ojos queridos... El día en que eso desaparezca y yo lea en ellos la desconfianza, me resultará intolerable.

BART. Te admiro, Enriquito... Te admiro sinceramente... El amor ha hecho otra conversión y tú te figuras que ya llegó el milagro de volverte honrado. ¿Quieres que te diga lo que es esa honradez?... El miedo de que te descubran... Si tuvieras la seguridad de que tu traición quedaba impune no sentirías esos escrúpulos.

ENR. No estoy muy seguro de ser un hombre honrado, pero creo firmemente que tú eres un tunante. Es posible que yo lo haya sido también, mas ya se acabó. No puedo seguir por ese camino.

BART. ¡Muy bien, muy bien!... ¡Es honrado!... ¡Vaya un cambiazo!... por lo visto has here-

dado para permitirte esos lujos... Pero oye, oye, noble amigo... ¿Quieres decirme quién eras cuando te encontré en aquel baile al que fuiste de intruso? ¿Quieres explicarme cómo vivías?... Lleno de trampas, encargándote ropa que no podías pagar, aceptando cigarros que nadie te ofrecía, pidiendo dinero á quien te lo daba. En aquella época aun no habías atrapado esa hermosa enfermedad de la honradez.

ENR. Sí, es verdad. He engañado á dos ó tres sastres que apenas me conocían, y à la hora de pagar le conté un cuento chino á mi patrona...

BART. ¡Bah! Porque no estabas enamorado de ella.

ENR. Sí; por eso, porque no estaba enamorado. Pero esas trapacerías no eran traiciones. Sólo he aprendido lo que era una traición cuando he conocido el amor.

BART. Vamos, el amor te ha convertido á la virtud. Y ha llegado el momento en que no engañarás á nadie.

ENR. Así lo espero.

BART. Bravo, magnífico... Eso es digno de todos los premios de virtud á la vez... Solo siento que se te haya ocurrido un poco tarde para que á mí me aproveche... Porque no sé si te habrás fijado en que me vas á traicionar á mí... Yo soy un farsante, convenido, y en eso estarán de acuerdo todas las personas decentes; pero cuando te propuse este trato, que ahora te parece una infamia, tú lo aceptaste... ¿Y crees que me hubiese metido en el negocio si entonces hubiera desconfiado de tí?... Yo corro muchos más peligros que tú, porque teniendo una buena reputación entre estas gentes que tú no conocías, voy á perderla en cuanto descubran el pastel... Ya sé lo que me vas á responder, hombre honrado; que tu traición es necesaria, que nuestro acuerdo no lo sanciona ninguna ley... ¡pero estaba basado en nuestra amistad, en nuestra buena fe recíproca!... ¿O es que te figuras que no me traicionas? Sí; me traicionas con todas las agravantes, porque tendrás sobre tu frente de traidor la aureola de

la moral y gozarás del aplauso de todas las personas honradas... ¡Admirable!

ENR. (Después de una pausa.) Sí, tienes razón... Has encontrado el único argumento capaz de convencerme... Mira... Yo necesito salir del atolladero sin perjudicarte... Las razones que me has dado son buenas para ti, pero no para los demás; y no es justo que porque empecé contigo la farsa continúe adelante solo por consideración hacia ti... Tú no debes aprovecharte de estos beneficios, mas yo tampoco debo desacreditarte... Bueno; pues... vas á buscar al señor Gonthier y á decirle que soy un impostor, mostrándole las pruebas, esas letras que te firmé... El caso es que están á tu nombre...

BART. No, no... No están á mi nombre.

ENR. ¡Veo que eres prevenido!... Mejor... Así puedes decirle que te las han dado, para demostrarte mi manera de proceder.

BART. No lo haré... Te he dejado hablar para ver por donde salías, pero yo no haré semejante cosa.

ENR. ¿Y por qué no, si yo te autorizo?

BART. ¡Déjate de historias!... Cuando acabe la crisis que estás atravesando en este momento, comprenderás que no te queda más que un partido: casarte con Berta.

ENR. (Decidido.) Si tú no quieres hablar á su padre, le hablaré yo mismo y se lo diré todo, incluso que no entiendo una palabra de metalurgia ni me gusta tampoco... Le hablaré enérgicamente... ó le escribiré, que es mejor... Sí; voy á escribirle una carta.

BART. (Con autoridad.) No escribirás esa carta.

ENR. Sí, sí... Ahora mismo.

BART. No hables tan fuerte, que anda por ahí dentro.

ENR. Mejor. Que venga ahora mismo, que estoy excitado... Así le podré hablar.

BART. Escucha, hombre, escucha... No te pido más que media hora de discusión tranquila... Verás cómo te convenzo.

ENR. Te concedo la media hora, pero no me convencerás. Qué satisfacción, con qué orgullo podré decir á las gentes: ¡No tengo un cuar-

to! ¡Estoy arruinado!... ¡Estoy en la miseria!...

BART. Calla, calla.

ENR. ¡Soy un descamisado!... ¡Soy un pobre diablo! (Sale muy exaltado.)

BART. (Paseándose con agitación.) ¿Qué voy á hacer con semejante imbécil?... ¡Lo va á echar todo á perder!... Prefiero tratar con un pillo á entendérmelas con un idiota... Al menos, con los pillos puede uno defenderse...

ESCENA IX

BARTHAZAR y HERBET

HER. No es usted á quien busco, pero me alegro encontrarle para decirle lo que pienso de su conducta... Estoy muy satisfecho, satisfechísimo de usted, y sólo deseo que vuelva usted por mi casa á pedirme algún favor, como otras veces.

BART. No le comprendo...

HER. Ahora hágase usted el inocente, como si no lo supiera tan bien como yo... ¿No sabía usted que pretendía la mano de Berta?

BART. ¿Y qué?

HER. ¡Y qué! ¡Y me ha metido un rival en la casa!... Pero descuide usted, amigo Barthazard, que ya recogerá usted el fruto... Todo se paga en esta vida.

BART. (Después de una pausa.) Es usted un hombre especial... Si me hubiera usted tenido al tanto de sus proyectos, con la amistad que nos une, yo no me hubiese atrevido á presentar otro pretendiente. Pero yo nunca creí que iba usted en serio.

HER. Que no iba en serio, que no iba en serio... No pienso en otra cosa desde hace dos años... Y me he acostumbrado tanto á la idea de casarme con ella, que ya no me puedo imaginar el vivir de otro modo... No sé si esto es amor, pero se lo parece mucho.

BART. ¿Y la muchacha, le quiere á usted?

HER. (Nervioso.) La muchacha no me quiere mucho, pero, ¿quién me dice á mí que no hu

biera acabado por quererme?... A la larga se hace uno querer de las mujeres cuando no hay otra cosa por delante... Hay muchas que se burlan de sus pretendientes; pasa el tiempo, se las vuelve á ver, se les gasta la misma bromita y se entera uno de que ya no les hace ninguna gracia. ¡Es que el amigo ha dado en el blanco! Lo mismo hubiera pasado conmigo, siempre que ella no pensara en otro. Tenía muchas probabilidades de ascender por antigüedad, pero sin que hubiese un turno de elección que me cerrara el camino.

BART. No hay que desesperar... Todavía no hay nada decidido.

HER. ¿Cómo que no, si la noticia es oficial? Ahora mismo he oído decir en una visita que se casan dentro de un mes.

BART. ¿Y usted hace caso de lo que se dice?... Mientras no la pidan, no hay nada seguro.

HER. Pero si la piden un día de estos.

BART. ¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa?

HER. En todas partes.

BART. Si en vez de guiarse por lo que dice la gente me preguntase usted á mí, yo le diría la noticia de última hora.

HER. ¿Cuál es?... Venga, venga...

BART. Que nos hemos equivocado, que hemos sido víctimas de un error... La persona á quien yo mismo he presentado no es lo que todos nos creíamos.

HER. ¿Pero qué dice usted, hombre de Dios?

BART. Cosas tristes, pero desgraciadamente ciertas.

HER. Siga usted, siga... Eso podrá ser muy triste para los demás, pero es muy agradable para mí.

BART. (Fingiendo no comprender.) ¿Cómo que muy agradable para usted?

HER Ya lo creo; porque si la boda se deshace, vuelvo á tener mis probabilidades.

BART. No tantas como usted se figura... Tendrá usted las mismas de antes... Y hablando con franqueza, me parece que no cuenta usted con muchas simpatías en la familia. El padre...

HER. El padre no me odia.

BART. No; pero tampoco le estima. Y en cuanto á Berta, aunque usted piensa que acabaría por quererle, yo creo que no ha empezado todavía. En fin, no veo quién le pueda ayudar en esta casa.

HER. Y si un buen amigo quisiera...

BART. ¿Un buen amigo?

HER. Usted mismo, por ejemplo.

BART. ¿Yo?... Yo, que precisamente he presentado al otro... Claro es que se ha portado mal, que se ha portado muy mal; pero, así y todo, ¿cómo voy á apoyar otra candidatura?

HER. ¿Y por qué no, puesto que le ha engañado á usted?

BART. Sin embargo...

HER. Hace usted muy mal en no ayudarme, Barthazard.

BART. ¿Me amenaza usted?... ¿Qué me importan sus amenazas? Cuando se está con el agua al cuello, como estoy ahora, ya no hay que temer á nada ni de nadie.

HER Pero si en ese momento se le diera la mano...

BART. ¿Y quién va á darme á mí la mano?

HER. Alguien con quien usted pudiera hacer lo mismo.

BART. Eso se dice con mucha tranquilidad, pero yo no me fío de las promesas de la gente.

HER. ¿Y si las promesas están escritas y firmadas? Aquí llevo, precisamente, mi plumita stilográfica. (La enseña.)

BART. ¡Chist!... Aquí no podemos hablar con libertad; vamos fuera.

HER. Vamos, y de prisa, porque estoy impaciente.

ESCENA X

FÉLIX, LEONTINA; después BERTA, JUANA y LUISA

FÉLIX (Con una bandeja servida.) ¿Dónde lo ponemos?

LEON. Déjala aquí... ¡Qué atrocidad!... Parece que has hecho una cosa del otro jueves trayendo la bandeja.

FÉLIX Es que estoy disgustado. Tenía que hacer esta tarde fuera de casa, y á la señorita se le ha ocurrido que me quede para servir el té á sus amiguitas...

LEON. ¡Pobrecillo!... ¡Qué trabajo más penoso!... Aquí vienen las señoritas. (Mutis.)

BERTA Ya tenemos aquí nuestra merienda.

LUISA No es muy suculenta que digamos: galletas, pan tostado, mantequilla... (A Juana.) ¡Qué va á ser de ti, pobre pajarito! Tú, que no comes entre horas más que *sandwichs* de *rosbif*...

JUANA No, no... Me conformo con un poco de pan y queso.

BERTA Debe haber *rosbif*... Te pueden hacer unos *sandwichs*.

JUANA Bueno... Y que me traigan también el pan y el queso.

BERTA Ya lo ha oído usted, Félix.

FÉLIX Sí, señorita. (Falso mutis.) ¿Desean beber algo las señoritas?

JUANA Sí, tráigame media botella de Borgoña.

FÉLIX ¡Qué buena es! ¡Le gustan todas las cosas de la tierra! (Mutis.)

JUANA ¡Qué contesta está Berta dando de comer á sus amiguitas!... ¡No hay nada como la felicidad!

BERTA Sí, sí estoy contenta: ¿para qué negarlo?... Desde aquel famoso baile donde conocí á Enrique, no he dejado de estar alegre un momento. Pero mi mayor alegría, mi emoción más grande fué entonces; cuando hablé con él sin conocerle, cuando comprendí que me gustaba y que yo le empezaba á gustar... ¡Qué instante más delicioso!... Hubiera sido muy desgraciada al no volver á verle.

LUISA Pero le has vuelto á ver. Tu matrimonio ha empezado por una aventura y no por unas negociaciones, como empezarán los nuestros cuando lleguen... Alguien que conozca nuestra posición, nos hablará de un muchacho de nuestras mismas circunstancias, diciéndonos: «¡Es un buen partido!» Empezaremos á figurarnos cómo es y cómo nunca se parecerá al que habíamos imaginado, sufriremos la primera decepción.

JUANA Yo estoy prometida desde los tres años á un primo mío que vive en Lyon. Le aborrezco desde hace tanto tiempo, que cuando

nos casemos ya no tendré fuerzas para aborrecerle.

BERTA Sí, yo he tenido suerte. Me encontré con el original de mi retrato. Y también la manera de encontrarle estaba dentro de lo que había soñado.

FÉLIX (Entra los sandwiches y el queso.) Los sandwiches y el queso. Lo he traído de tres clases.

JUANA Todos me gustan.

BERTA Y papá, ¿cómo no viene á merendar con nosotras?

FÉLIX Tiene visita. Está el señor Herbert, que quería hablarle con mucha prisa.

BERTA ¿Herbert? ¿Qué le querrá á papá?

LUISA Puede que haya venido á pedirle tu mano.

BERTA Llega un poco tarde... No está disponible.

JUANA (Comiendo.) No importa... La pedirá por si acaso... Un sofión más... (Mutis Félix.)

BERTA Quisiera saber á qué ha venido ese tipo...

FÉLIX (Entra.) Traigo el agua caliente para el té del señor, que va á venir ahora mismo. Ya se ha marchado la visita.

ESCENA XI

DICHOS GONTHIER, luego LEONTINA

BERTA (A Gonthier que entra.) Vamos, papá, ya es hora de que vengas á merendar.

JUANA Eso, eso.

LUISA Se porta usted muy mal con nosotras

BERTA Oye... ¿Qué te quería Herbert?

GONT. Nada, nada.

BERTA Parece que estás preocupado.

GONT. No.

BERTA Sí, sí... Vas á decirme lo que tienes.

GONT. Nada; te lo aseguro.

BERTA Yo, yo te repito que tienes algo.

GONT. Bueno, pues sí... Tengo, tengo... que he debido poner á Herbert de patitas en la calle. Es un miserable ese mosquita muerta.

LUISA ¿Qué es lo que ha hecho? De él no me extraña nada.

GONT. Pero yo no esperaba que se atreviera á tanto... Comprendo que la boda de Berta le en-

furezca, pero de eso á emplear ciertos medios...

BERTA Dilo, dilo.

GONT. Sí; lo voy á decir todo para que juzgues tú misma... Me ha enseñado unas letras que dice firmadas por Enrique, comprometiéndose á pagar cincuenta mil francos después de casarse.

LUISA ¿Qué quiere decir eso?

GONT. Quiere decir que Enrique no sería lo que hemos creído sino un impostor que solo buscaba nuestro dinero... Eso es lo que quiere decir.

BERTA ¡Y que se atreva Herbert!

LUISA Por supuesto que usted le habrá despedido con violencia.

GONT. Como estaba medio atontado, le dejé marchar tranquilamente, mas apenas empezó á bajar la escalera le quise llamar para echarle de mi casa ..

LUISA ¡Qué canalla de hombre!

LEON. (Entrando) Esta carta traen para el señor de parte del señorito Enrique.

GONT. (La abre, la lee rápidamente y se desploma sobre un sillón.) ¡Era verdad! ¡Hija mía, pobre hija mía! Es una carta de Enrique donde él mismo se acusa... Mira, mira. «Yo no soy lo que ustedes creen, ni he tenido jamás la posición que les he dicho, ni gano todos esos miles de francos ni muchísimo menos. Yo no soy más que un pobre diablo, un pobre diablo...» ¡Y lo repite!... ¡Y lo subraya!

BERTA ¡Papa, papá!... (Mutis llorando.)

GONT. (Corre detrás de ella.) ¡Hija mía, mía!... (Pausa.)

LEON. ¿Qué les parece á ustedes, señoritas?

LUISA Y á usted, ¿qué le parece?

LEON. Yo, la verdad, no puedo creer que el señorito Enrique sea un bribón.

LUISA Sin embargo, él mismo lo confiesa...

LEON. Pues así y todo no lo creo.

LUISA Yo tampoco lo creo.

JUANA Ni yo.

LEON. Ya ven ustedes señoritas... Ni ustedes ni yo lo creemos, y la señorita se ha echado á llorar y lo ha creído en seguida.

LUISA Porque le ama.

JUANA No cabe duda.

LEON. ¡Pobre señorita! (Rompé á llorar.)

LUISA ¡No sea usted ridícula, por Dios!... No llore usted así que todo se arreglará. (Llora.)

JUANA Claro... No llore usted, todo se arreglará. (Llora.)

LEÓN. (Fijándose en la corbeille.) Habrá que quitar estas flores de aquí... ¡Qué lástima! ¡Están más hermosas que nunca!

JUANA ¿Hay un poco de pan, aunque sea de la cocina? (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un almacén de muebles. Armarios, butacas, sillas, canapés, etc., etc., esparcidos á derecha é izquierda. Escalera al foro, que conduce á una galería del primer piso, llena también de muebles; arrimado á esta escalera «un bureau» de cristales. Primer término derecha, escaparate con puerta que da á la calle.

ESCENA PRIMERA

MADAME EDMOND

(De pie, escuchando por un tubo acústico que da al despacho, con impaciencia.) No, no es eso... (Hablando por el tubo.) La tela Luis XV no es para la butaca; se lo he repetido á usted cincuenta veces... Es para forrar la sillería de caoba. (Escucha por el tubo y luego vuelve á hablar.) El retal rosa pálido está en el armario de la derecha. (Gesto de impaciencia; vuelve á escuchar y á hablar después.) No es el que está delante. (Mas impaciente.) El de la segunda tabla, junto á un paquete de muestras de flores. (A sí misma.) Tiene una que hacérselo todo... No hay quien le ayude. (Habla por el tubo.) El paquete de retales en tres pedazos. (Pausa.) Coja usted el más cortito y más ancho... (A sí misma.) ¡Gracias á que lo llevo todo en la cabeza! (Habla por el tubo.) Hay dos que son casi del mismo largo; bueno, pues coja usted el más ancho de los dos, el que está cortado un poco al bies, porque se dió

una muestra. (Pausa.) Supongo que me habrá usted comprendido, y que no tendré necesidad de volver á molestarme. (Deja el tubo en su sitio.) ¡Remigio!

ESCENA II

DICHA y REMIGIO, mozo que estaba en el interior limpiando muebles

REM. ¡Señora!

EDM. ¿Han traído la *peluche* verde musgo?

REM. (Se repite la pregunta, fijándose mucho en ella.) ¿Han traído la peluche verde musgo?... (Después de reflexionar.) No, no señora; no han traído nada.

EDM. ¿Habrá que ir á buscarla en seguida? ¿Sabe usted si ha ido el carro á casa de la Condesa á recoger el armario?

REM. (Repitiendo.) ¿Sabe usted si ha ido el carro á casa de la señora Condesa á recoger el armario? (Después de pensarlo.) Sí, señora, sí se ha ido... No ha ido.

EDM. ¿Y á qué espera, si se le dijo que corría prisa? ¡Está visto que yo tengo que hacerlo todo! ¿Ha venido el nuevo dependiente?

REM. ¿Ha venido el nuevo dependiente? Sí, señora: ha venido el nuevo dependiente. ¿Quiere usted que le avise?

EDM. Dígale usted que venga á hablar conmigo...

REM. Dígale usted que venga á hablar conmigo... Voy á decirle que venga á hablar con la señora. (Va hacia el fondo. A Enrique.) Que vaya usted á hablar con la señora. (A la señora Edmond.) Aquí está el nuevo dependiente, que viene á hablar con la señora. (Entra Enrique; mutis Remigio y vuelve poco después.)

ESCENA III

SEÑORA EDMOND, ENRIQUE

EDM. Seguiremos unos días como hasta aquí... Ya le he dicho que quiero dedicarle á la compra de telas, puesto que usted, como dibu-

jante, tendrá buen gusto y sabrá escoger las que más nos resulten; pero antes estará usted dos ó tres días en la venta, para que se entere usted bien de lo que pide la clientela... Es muy agradable, verdaderamente, escoger uno las cosas á su gusto, pero no hay más remedio que aceptar los gustos de la gente y servirle á cada cual lo que pida... (Con desprecio.) ¡Los gustos de la gente!... En fin, hay que respetarlos... Así tendrá usted una buena orientación para cuando se ocupe de las compras... Creo que en poco tiempo se pondrá usted al corriente de todo... Lo único que me desagrada, es ese aspecto tan triste que tiene usted siempre...

ENR. (Muy triste.) No, señora; no estoy triste.

EDM. No parece usted muy alegre... A los parroquianos no les gusta ver caras como esa... Yo misma estoy con ellos siempre de buen humor, y eso que tengo un carácter áspero y soy casi intratable... Muchas veces he de sonreir á la gente, cuando la enviaría á paseo de buena gana. Y hasta hago como si me interesaran las majaderías que me cuentan.

ENR. Trataré de parecer más alegre.

EDM. En realidad eso no tiene mucha importancia, puesto que no se ha de quedar usted en la venta. Cuando se ocupe usted en las compras, no estará mal ese gesto que tiene usted ahora mismo, como si todo le disgustara. (Escribe unas notas en su carnet y se dispone á salir.) Voy un momento al almacén. Volveré enseguida. (Mutis.)

ESCENA IV

ENRIQUE y REMIGIO

ENR. Ven aquí... ¿has estado en la calle de Anjou?

REM. ¿En la calle de Anjou? Sí, he estado. Y he mirado en las listas de la Alcaldía la publicación de matrimonios. (Con orgullo.) ¡Se casa mucha gente! Había cinco ó seis... Millard... Dupont... Roco... Roqui... ¿cómo era?... Roco.

ENR. ¿Pero no estaban los nombres que te he dicho?

REM. ¿Si estaban los nombres que me ha dicho?... No, no estaban. Mire usted el papelito donde están puestos... Gonthier... Señorita Berta Gonthier... Señor Herbert... Lo he hecho con mucho cuidado. Primero miraba los nombres del papelito, luego los nombres de la tablilla. Después si eran los mismos, decía: «Son los mismos». Pero no eran los mismos.

ENR. Guárdate el papel, para que vuelvas luego.

REM. Volveré cuando usted quiera, pero hoy no se ponen más nombres. Me lo ha dicho el empleado... Pero volveré cuando usted quiera.

ENR. Hoy no, hoy no.

REM. Bueno; me guardaré el papel, con el nombre de su...

ENR. ¡No ha sido nunca nada mío!... Ya sabía yo que la perdería al hacer lo que hice... Al escribir mi carta...

REM. ¿Al escribir su carta?

ENR. Sí... son cosas que tú no puedes comprender...

REM. ¡Anda, anda!... ¡Que yo no puedo comprender!... Lo comprendo perfectamente, porque á mí me ha pasado lo mismo que á usted... Una vez escribí una carta á una muchacha... Pero otro muchacho se puso por medio... Yo era entonces artillero, y el artillero de la otra muchacha me la quiso quitar... Nos dimos de puñetazos los dos, hasta que acabamos bebiendo juntos y pillando una turca superior... Luego, al volver al cuartel ¡cataplúm! Quince días de calabozo... ¡Lo de siempre!

ENR. Bueno, bueno... Eso no tiene nada que ver con lo mío. No tiene nada que ver...

REM. (Dócil.) No tiene nada que ver...

ENR. Es natural que no me quiera, puesto que yo mismo me he acusado... Pero ¿por qué no da señales de vida?... ¿Cómo iba yo á esperar que la perdería así, tan de repente?... Para no volver á buscarla en estos quince días, he necesitado mucha fuerza de volun-

tad ó mucha cobardía... ¡Soy muy desgraciado!... ¡Soy muy desgraciado!

REM. Vaya una tontería tomar así las cosas. ¡Un muchacho como usted!... ¡Y tan bien colocado!

ENR. ¡Bastante me importa á mí la colocación! Durante cuatro años estuve hecho un azacán detrás de un empleo que no encontraba nunca... Y ahora que me tiene sin cuidado, me lo envía la Providencia... La Providencia me concede de vez en cuando sus favores, pero siempre escoge el momento preciso en que no puedo agradecérselos. ¿Comprendes esto?

REM. ¡Que si lo comprendo!... Lo mismo me ha pasado á mí... Tuve un juicio de faltas... Yo había pagado, pero se me perdió el recibo y tuve que pagar dos veces...

ENR. Eso no tiene nada que ver con lo mío.

REM. (Dócil.) No tiene nada que ver...

ENR. Si ella me hubiese querido de veras, no hubiera dejado de contestarme á la carta que le escribí á su padre... Tal vez no se haya atrevido... ¡Soy muy desgraciado!... (**Arranca la etiqueta de un armario de luna.**)

REM. ¿Está usted arrancando las etiquetas?

ENR. Sí... Eso no importa nada.

REM. Es mejor no quitarlas, porque no las han puesto para eso... Vaya, cálmese usted un poco... Vamos, vamos... ¿Qué se pierde una?... ¡Ya vendrán otras!

ENR. ¡No hay en el mundo otra mujer como ella!

REM. ¡A montones las hay!... Sin contar con que esa le parecerá á usted mucho más guapa de lo que es.

ENR. No, no... ¡No quiero pensar siquiera semejante cosa! Prefiero vivir en la creencia de que he perdido una mujer encantadora, á consolarme diciendo que no será tan deliciosa como me parecía.

REM. (Reflexionando.) Comprendo muy bien lo que usted dice... A mí también me ha pasado lo mismo, cuando era carpintero... Una vez...

ENR. Bueno, bueno... No me cuentes más cosas de esas... Son muy interesantes y me gustan mucho, pero no me cuentes más...

REM. No me cuentes más.

ENR. No me siento bien... Soy cada vez más desgraciado... Esto es intolerable. (Arranca otra etiqueta.)

REM. (Pegándolas, con dulzura, pero cambiándolas de sitio.) Mejor será dejar las etiquetas en los muebles, para no armarnos un lío con los precios... Aquí viene la señora con dos parroquianos. (Se retira hacia el fondo. Entra Madame Edmond, por la derecha, con dos señoras.)

ESCENA V

ENRIQUE, MAD. EDMOND, UNA SEÑORA, OTRA. Luego REMIGIO

EDM. Pasen ustedes por aquí y echarán una ojeada primero, para formarse una idea. Yo volveré en seguida, pues con permiso de ustedes voy á dar un recado urgente... (A una Señora.) ¿Se casa pronto su hija de usted, señora? (A la otra.) ¿Su sobrinita, señora?

SRA. 1.ª Dentro de mes y medio

EDM. Creo que conozco al novio... ¿No es el señor Lombard?

SRA. 1.ª El mismo... Un hombre encantador... Que le diga á usted mi prima... Ya no es un niño, pero...

EDM. No, pero en fin, no es hombre de edad... Tendrá unos cincuenta y cinco años, ¿no es eso?

SRA. 1.ª Cuarenta y nueve.

SRA. 2.ª Cuarenta y nueve.

EDM. Y la niña de usted... Me dijo usted hace poco que tenía diez y nueve años, ¿verdad?

SRA. 1.ª No, no; veintidós.

SRA. 2.ª Veintidós.

SRA. 1.ª Casi veintitrés, mejor dicho... Algunas personas me dicen que hago mal, otras que hago bien... Yo no sabía que hacer, la verdad... Que le diga á usted mi prima... ¡Es tan difícil aceptar, cuando se trata del porvenir de una hija!... Cierto que hay alguna diferencia de edad, pero yo creo que esto es preferible á casarse con un hombre demasiado joven.

EDM. Naturalmente, naturalmente. (Viendo á Enri-

que sentado en la escalera.) ¿Qué hace usted aquí?... ¿No ha visto usted que hay público?... Enseñe usted á estas señoras los muebles de comedor y de dormitorio... Soy con ustedes al momento... Ustedes me dispensarán, ¿verdad? (Mutis derecha.)

SEÑORAS ¿No faltaba más?

ENR. (Aproximándose, distraído y preocupado.) Ustedes dirán.

SEÑORAS Quisiéramos algo á propósito para una alcoba de recién casados.

ENR. (Suspirando.) Sí, sí...

SRA. 1.ª (A la otra.) ¡Mira que canapé más mono!...

SRA. 2.ª ¡Monísimo!... ¡Qué tonos más alegres!

SRA. 1.ª ¿Será bastante sólido? (A Enrique.) ¿Será bastante sólido?

ENR. ¿Qué?

SRA. 1.ª ¿Le pregunto si este canapé será resistente?

ENR. No.

SRA. 1.ª (A la otra.) Esta es una casa de toda confianza. (A Enrique.) Voy á explicarle lo que deseo para mi hija. Creo que hace mucho para la felicidad de un matrimonio el tener una casa confortable, con muebles alegres.

ENR. Eso no tiene ninguna importancia .. No hay más que una cosa necesaria en la vida: el amor. Ponga usted dos seres jóvenes y enamorados, y no se preocupe usted de más.

SRA. 1.ª (Tímida.) Sí, tiene usted razón... Pero á mí me parece, sin embargo, que un hombre de cierta edad puede hacer feliz á una mujer tan bien como un joven ó quizás mejor..

ENR. No, no... No lo crea usted.

SRA. 1.ª Mi hija, precisamente, se va á casar con un hombre maduro...

ENR. ¡Será desgraciada! ¡No hay más que el amor, y lo demás no importa!... Se dice que si la fortuna, que si la buena posición... ¿De qué sirven la posición y la fortuna cuando dos personas no se comprenden, ni se aman?... Hay que pensar en la terrible responsabilidad que se contrae casando á una muchacha contra su gusto y torciendo sus inclinaciones... ¡Esos sentimienros arraigados, esa compenetración de dos seres, esa sensación de no estar solo en la existencia! Cuando

esto falta, la vida es incolora, la vida no es nada, la vida no vale la pena de ser vivida... (Exaltado.) Si se está privado de todo eso, ¿qué quiere usted que se piense, ni qué se haga? (Cambiando de tono.) Pero volvamos á lo nuestro... Tenemos comedores completos, aparadores, mesas redondas y cuadradas, sillas de cuero de Córdoba, artículo de primera calidad... Dormitorios de caoba, nogal, palosanto, á precios sin competencia... Un veladorcito... (Mirando la etiqueta que Remigio ha puesto por equivocación en el velador.) Mil doscientos cincuenta francos.

SRA. 1.ª Gracias, muchas gracias.

ENR. Un magnífico armario tallado... Veintisiete francos.

SRA. 2.ª Hay cosas muy baratas.

SRA. 1.ª (A la otra.) Sí, sí... Pero me ha hecho un efecto extraordinario lo que me ha dicho.

SRA. 2.ª A mí también me ha conmovido.

EDM. (Volviendo.) ¿Qué?... ¿Ya han elegido ustedes?

SRA. 1.ª No, no... Volveré otro día... Prefiero volver, porque hoy no me siento muy animada á comprar muebles.. Recuerdo lo que me dijeron unos y otros, y, además, lo que me ha dicho el dependiente. Todo eso me ha hecho reflexionar.

EDM. ¿Qué le ha dicho usted el dependiente?

SRA. 1.ª Me ha hecho pensar en ciertas consideraciones, en ciertas conveniencias... Ya volveremos, señora, ya volveremos (Mutis ambas.)

EDM. Como usted guste. (Acompañándolas hasta la puerta.) ¿Pero qué le ha dicho usted á estas señoras?

ENR. Nada. Que debía reflexionar un poco antes de casar á su hija con un viejo... Me parece que es una buena acción.

EDM. ¿Y á usted quién le manda meterse en lo que no le importa? ¡Vaya una manera de hacer el artículo!... Usted está aquí para enseñar los muebles, pero no para predicar sermones de moral. (Pausa.) ¡Estamos divertidos!...

REM. (Entrando.) En el almacén preguntan por usted, señora... Son unos señores que quieren un mobiliario completo...

EDM. Allá voy... Y si viene gente, llámeme usted... (Por Enrique.) Que no se ocupe mucho de la venta. (Mutis.)

ESCENA VI

ENRIQUE, LUISA y REMIGIO

REM. (Entrando, á Luisa.) Aquí está precisamente ese señor por quien usted pregunta... (Aparte.) Debe ser su... (A Luisa.) Puede usted estar tranquila, señorita; la dejo sola con él... completamente sola... Ya me hago cargo... ¿sabe usted? (Riendo.) ya me hago cargo... A mí también me ha pasado lo mismo... (Mutis.)

LUISA (Llegándose sin ser vista á Enrique, que está aplanado en una butaca.) ¿No hay quien despache?

ENR. (Se levanta precipitadamente, todo asustado, al ver á Luisa.) ¡Luisa!...

LUISA ¿No esperaba usted verme, eh?... ¡Claro! Como estaba usted tan escondidito para que no se le encontrara. He estado en el hotel donde vivió usted últimamente, y allí me dijeron que le habían perdido la pista.. Gracias á que el criado de Gonthier, al pasar por esta calle, le vió á usted detrás del escaparate, por una verdadera casualidad... En seguida se lo dijo en secreto á la doncella, que no tiene secretos para mí... Por supuesto, la he prohibido que diga una palabra á Berta... ¡Porque se ha portado usted con ella de una manera!... Dejarla así, sin despedirse, sin escribirla dos letras... ¡Y sin hacer nada por verla!

ENR. ¿Y ella? ¿Qué es lo que ha hecho por verme á mí?

LUISA (Remedándole.) ¿Y ella? ¿Qué ha hecho por verme á mí? ¿Es así como se trata á una persona á quien se quiere, ó mejor dicho, á quien se ha querido?... ¡En seguida sale la dignidad! ¡Siempre ocurre lo mismo con los enamorados!... Los demás, al menos, procuran explicarse, mientras que ustedes rehuyen toda clase de explicaciones... Son ustedes como los chicos cuando cogen una rabieta... Todavía se comprende que Berta no

le haya buscado, porque ni siquiera tenía sus señas...

ENR. Sabía mi hotel... Allí he enviado dos veces al día, para ver si llegaba alguna carta suya.

LUISA Y además, escribió usted pintándose como el mayor sinvergüenza del mundo... Le advierto á usted que no creo una sola palabra de su famosa carta... Será verdad, pero yo no lo creo.

ENR. Ella, en cambio, la creyó inmediatamente.

LUISA Sí; porque era su desgracia... Porque no se ha atrevido á no creerlo... Pero nada de eso era cierto, ¿verdad?

ENR. Todo es cierto. (Penosamente.)

LUISA ¡Qué cosa más rara!... Cuanto más me lo dice usted menos lo creo... No me puedo acostumbrar á la idea de que sea usted un perdulario... Habría de verle forzando una caja de caudales, y no daría crédito á mis ojos... Creería que se equivocaban y que le veía á usted con algo más seguro que mis ojos.

ENR. Eso es lo que ella ha debido decirme...

LUISA Pero es que yo no tengo por usted más que amistad, y ella amor; por eso no tiene confianza... En fin; yo no he venido aquí para decirle á usted esas cosas... Quiero que vea usted á Berta. (Pausa.) Quiero que vea usted á Berta. (Pausa.) ¡No contestará! Son ustedes los dos iguales.

ENR. ¿Ella tampoco ha querido verme?

LUISA Ella no sabe que va á venir. Yo la traeré aquí. Si se lo propusiera, seguramente rabiaría por verle, pero su dignidad no se lo consentiría... Vendremos á escoger unos muebles.

ENR. ¡Ah, sí!... A comprar muebles.

LUISA ¿No sabe usted que se casa?

ENR. (Aterrado.) ¿Que se casa?

LUISA ¿No lo sabía usted?

ENR. Sí, lo sabía... Pero me hace un efecto terrible oirlo decir.

LUISA Se deja casar por su padre, que se cree que así cambiará de ideas. Papá Gonthier está en este asunto tan tonto como su hija, que no es poco decir.

ENR. Quisiera tener una entrevista con la señorita Gonthier.

LUISA (Ríe, y luego seria.) Se llama Berta.

ENR ¿Por qué dice usted eso?

LUISA Porque parece que ha olvidado usted su nombre.

ENR. Se trata solamente de una explicación, no de una reconciliación.

LUISA ¿Quién le dice á usted lo contrario? No hay que pensar en otra cosa.

ENR. Bueno, en esas condiciones.

LUISA ¿Acepta usted?

ENR. Sea.

LUISA He conseguido un triunfo... Nunca hubiera supuesto que accedería usted tan pronto... Sé que lo estaba usted deseando, pero por eso mismo creí que iba á costarme mas trabajo el convencerle.

ENR. Pero conste que no se trata de...

LUISA De una aproximación... Ya lo sabemos. ¿Cuándo hemos hablado de otra cosa?... Le ha entrado á usted la manía de la reconciliación! Vendré con ella en seguida, haciéndome de nuevas... ¡Hasta dentro de diez minutos!... (Sale por la puerta de la calle. Remigio llega por el foro.)

REM. Ahí viene un señor preguntando por usted. Ha entrado por la otra puerta. Es un diputado.

ENR. ¿Un diputado?

REM. He visto uno una vez, y sé cómo van vestidos... Por aquí, pase usted por aquí, señor diputado. (Entra Thibaudel. Remigio mutis.)

ESCENA VII

ENRIQUE, THIBAUDEL, luego REMIGIO

THIB. Soy yo, querido Enrique... Me han dado esta dirección en nuestra antigua casa, donde estuviste el otro día... Vengo á lo mismo... Te han presentado otra letrita de treinta y cuatro francos.

ENR. Es verdad... Tuve que firmar unos plazos muy cortos.

THIB. Y los aceptaste, creyendo que no llegarían nunca... ¡Es curioso que el quince y el treinta de cada mes nos parezcan lejanos, hasta que nos vemos en la víspera!

ENR. Te voy á dar los treinta y cuatro francos.

THIB. ¿Pero vas á pagar otra vez? ¿No comprendes que si sigues pagando, seguirán presentándote las letras? ¡Vas á pagar!... ¡Les va á extrañar bastante!... Pero oye, ¿qué demonios haces en este almacén?... ¿Estás comprando muebles?

ENR No; vendiendo... Es decir, tratando de vender..

THIB. ¿Y tu boda?

ENR. Deshecha... Salí de allí...

THIB. Parece que estás contento.

ENR. Hoy no estoy de muy mal humor.

THIB. Y si saliste de allí, ¿por qué no has vuelto á hacernos la partida?

ENR. He pasado muy malos ratos, chico... He sido muy desgraciado.

THIB. Y ya estás mejor.

ENR. Sí, parece que sí.

THIB. ¿Te va bien en este nuevo destino? ¿Están contentos contigo?

ENR. Muy descontentos... No sirvo para nada.

THIB. ¡Entonces te pondrán en la calle!

ENR. Hoy no me importa nada. (Bruscamente.) Va á venir ella, ¿sabes?... Estará aquí antes de siete minutos... Vamos á tener una explicación...

THIB. No te comprendo.

ENR. Procura comprenderme... No se trata de reconciliarnos, sino de que nos expliquemos... Claro es que no ha estado muy amable conmigo, puesto que no me contestó á la carta de su padre, pero, ¡yo he sido tan infame con ella!... Cuando me acuerdo de que la veía, de que la amaba, de que acepté las proposiciones de Barthazard... ¿Me entiendes?

THIB. ¡Te entiendo, pero no te comprendo!

ENR. Es lo mismo.

THIB. Es lo mismo... ¿Y qué hacemos con eso de los treinta y cuatro francos?

ENR. Espera; voy á ver si los tengo... Por lo pronto, toma veinticinco.

THIB. ¿Tienes suelto?

ENR. Sí.

THIB. Yo había pensado que tuvieras un billete de cincuenta, para cambiártelo y traerte después la vuelta... Porque me ha salido un negocio de publicidad luminosa, en pleno boulevard, pero en un patio, ¿sabes?... Y los clientes me ponen ciertas dificultades...

ENR. Siento no tener los cincuenta francos... No sé si llegará siquiera á los treinta y cuatro... ¡Han variado los tiempos!... Toma, toma... veintiocho... veintinueve... treinta y uno... ¡Ya llegamos!... Creo que tengo todavía unos perros.

THIB. ¡Aún hacen falta muchos!...

ENR. Treinta y uno ochenta... Espera... Aun me quedan unos sellos. (Mira en su cartera.) Diecisiete sellos de á diez céntimos... Treinta y tres francos cincuenta.. ¡Qué lástima! ¡Tan poco que faltaba!... ¡Aguarda! (Saca dos puros del bolsillo.) Dos cigarros de á treinta, nuevecitos... Seguramente te los tomarán en un estanco. A mí me los han tomado algunas veces. Treinta y cuatro francos y diez céntimos... Los diez céntimos para ti.

THIB. ¿No has cobrado aquí aún?

ENR. Llevo muy pocos días... Esto era lo que me quedaba del dinero que me dió Barthazard... Y á propósito de Barthazard. ¿Quieres pasarte por su casa y rogarle que venga?... Tengo ganas de saber lo que ha ocurrido. Estas son sus señas.

THIB. Hasta la vista.

ENR. Adiós... Parece que estás muy displicente.

THIB. No, no...

ENR. Hasta un día de estos... Y de todos modos, hasta la próxima letra.

THIB. No sé si podré venir á traértela. (Mutis por el foro.)

REM. (Aparece y se va después de decir esto.) Ha llegado el camión y habrá que avisar á la señora para recibir los encargos... Parece que no le importa mucho... Voy yo á recibir el camión... (Mutis Enrique por el foro.)

ESCENA VIII

BERTA, LUISA, JUANA. Después MAD. EDMOND. Luego ENRIQUE

BERTA ¿Se puede saber á qué venimos aquí?

LUISA (Después de un gesto de inteligencia con Luisa.) ¿Se puede saber á qué venimos aquí?

LUISA Quiero que conozcais esta tienda que es la mejor de París... Hay unos muebles admirables.

BERTA (Mirando en torno suyo.) Yo no veo nada de particular.

JUANA Hay que recorrer el establecimiento. Ya verás, ya verás cómo hay cosas que te asombrarán.

EDM. (Llegando.) ¿Qué desean las señoras?

LUISA Muchas cosas.

JUANA Muchas cosas.

LUISA ¿Quiere usted llamar al dependiente?

EDM. ¡Enrique!... ¡Enrique!...

LUISA (A Berta que se ha estremecido al oir este nombre.) ¡Qué casualidad!... Se llama Enrique. (Enrique baja corriendo por la escalera. El y Berta quedan inmóviles de emoción, cada uno á un lado de la escena.) Es para esta señorita que se va á casar. (A Mad. Edmond, que se inclina con gesto de aprobación,) Y nos ha encargado á sus amigas que le escojamos el mobiliario.

EDM. ¿Qué muebles desean ustedes ver?

LUISA (Vivamente.) Los del primer piso.

EDM. Allí tenemos los comedores.

LUISA Precisamente. (Empieza á subir la escalera con Juana y Mad. Edmond.) Mientras tanto este señor puede enseñarle los de salón.

BERTA (Con voz trémula.) ¿Tiene usted muebles de salón?

ENR. Sí, señorita, tenemos muebles de salón... Un salón Luis XV, seis butacas, un canapé, una consola; mil novecientos francos... Un salón imperio, cuatro butacas, un juego de sobremesa, todo comprendido, dos mil novecientos.

EDM. (Casi en lo último de la escalera, mirando á Enrique compasivamente.) Ha nacido para vender muebles como yo para bailar en el alambre.

BERTA ¿No tienen ustedes nada de Luis XVI?

ENR. No.

EDM. (Volviéndose.) ¿Cómo que no?

ENR. Sí, sí... Tenemos varios modelos Luis XVI: ocho butacas, dos canapés, imitación de Beauvais, con flores ó figuras, á gusto del consumidor...

EDM. (Alejándose.) No es posible sacar partido.

LUISA (Apareciendo.) Hemos visto un precioso armario allá adentro. ¿Quiere usted venir á enseñárnoslo?

EDM. ¿Dónde, señorita?

LUISA Allá adentro... Muy adentro. (La deja pasar y queda un momento en lo alto de la escalera. Berta y Enrique se miran en silencio.)

BERTA (Muy dulcemente.) Esta ha debido ser una emboscada de Luisa, pero no importa... Celebro mucho verle á usted por última vez para decirle que le perdono.

ENR. (Después de una pausa.) No puede usted imaginarse el bien que me causan esas palabras.

LUISA Parece que empiezan á ponerse de acuerdo. Con tal de que no vayan muy deprisa... (Mutis.)

ENR. (A Berta.) Me ha hecho usted mucho daño...

BERTA ¿Yo? ¿Cómo puede usted decir eso? ¿Qué es lo que tiene usted que reprocharme?

ENR. No son reproches, porque ya sé que no tengo el derecho de reprocharla. Son hechos consumados, que compruebo... Usted no había pensado en volverme á ver, pero inmediatamente pensó en volver á casarse.

BERTA ¿En volver á casarme?

ENR. En casarse.

BERTA ¿Pero no ha sido usted quien me ha abandonado? ¿No escribió usted una carta acusándose de haberme engañado?

ENR. ¿Y eso le pareció bastante?... Porque escribí una carta ya me convertí en un hombre despreciable.

BERTA ¡Usted mismo se acusaba!

ENR. Sí; pero usted debió defenderme... Si me hubiera usted querido de veras tal vez nos hu-

biésemos separado, pero no dejándome marchar de esa manera.

BERTA ¿Cree usted que no le quería?

ENR. Sé por experiencia que sus sentimientos no eran muy profundos.

BERTA (Irritada.) ¡Está usted faltando á mis sentimientos!... (Cambiando.) Pero ¿para qué molestarnos con palabras duras? No hemos venido á eso .. Solo que ya ve usted como hay algo irremediable entre nosotros... Queremos explicarnos y no lo conseguimos... Adiós. ¡Procuremos consolarnos y separémonos que es el único recurso que nos queda!

ENR. No tiene usted que hacer más que olvidarme.

BERTA Puede que no me sea tan fácil.

ENR. Sí que podrá... Yo no he sido para usted más que un caprichito de niña mimada.

BERTA Un caprichito de niña mimada que me ha destrozado la vida...

ESCENA IX

BERTA, ENRIQUE, un CABALLERO

ENR. (Al ver entrar al caballero, que debe ser viejo.) ¡Oh! ¡Esto es insoportable!

CAB. Dígame usted... Esta biblioteca Luis XV que tienen ustedes en el escaparate..

ENR. (Vivamente.) Vendida... Está vendida.

CAB. ¡Qué lástima! ¡Cuánto lo siento! ¿Y no podrán hacerme otra igual?

ENR. Otra igual...

BERTA (Bajo.) Dígale que que aquí no se repiten los modelos.

ENR. Aquí no se repiten los modelos.

CAB. ¡Qué lástima! ¡Cuánto lo siento! Adiós, señor. (Va á salir y vuelve.) ¿Mesas de despacho si tendrán ustedes?

BERTA (Vivamente.) No, no... Nada que á usted pueda convenirle.

ENR. Un poco más arriba encontrará usted de todo. En esta misma calle.

CAB. Muchas gracias.

ENR. Usted lo pase bien, caballero. (Le empuja suavemente.) ¡Un caprichito de niña mimada!... (El caballero se vuelve asombrado.) No, no; no hablaba con usted... (Continúa empujándole y cierra la puerta.) La decia que yo no he sido para usted más que un caprichito de niña mimada.

BERTA Y yo le contestaba que ese caprichito me ha destrozado la vida.

CAB. (Abriendo la puerta.) La tienda de muebles que me han dicho ustedes ¿está á la derecha ó á la izquierda?

ENR. A los dos lados. (Le empuja y cierra la puerta con llave.) ¡Que le he destrozado la vida! No tardará usted en reconstruirla, estoy bien seguro.

BERTA Es verdad .. Haré lo posible por olvidarle... Después de todo, ¿qué le importa á usted? A usted le es igual.

ENR. ¡Que me es igual, Dios mío! Y si le dijera lo contrario no me creería.

BERTA Ni siquiera tiene usted valor para negarlo.

ENR. ¿De qué me servirán las negativas tropezando con una incredulidad resuelta? ¡Y daría yo tanto por convencerla! (Suena el teléfono) ¡No le dejan á uno un momento tranquilo. (Lo descuelga y sigue sonando.) Y con este nuevo sistema no vale descolgarlo. (Lo toma.) Voy á decir que se han equivocado de número.

BERTA Entonces continuarán llamando.

ENR. Va, va... Aquí la casa (A Berta.) Estoy completamente loco... He olvidado el nombre de la casa.

BERTA Yo no lo sé.

ENR. Léalo usted al revés en la puerta de la calle.

BERTA (Procurándolo.) Ten... i... cag...

ENR. Sí, sí. (En el aparato.) La casa Gachinet.

BERTA (Comprobándolo maquinalmente.) Eso es... Gachinet.

ENR. (Al aparato.) Bien, bien... La señora ha salido... Vendrá dentro de dos ó tres horas... ¿Que me va usted á dar un encargo?... Bueno... dese prisa. (A Berta.) Es una casa competidora que nos trapasa un pedido. (Suspirando mientras espera con el aparato en la mano.) Yo la he engañado á usted, es verdad; pero

solo al hablarla de mi posición, de mi fortuna... Jamás la engañé al decirla que la amaba.

BERTA No.

ENR. Se lo juro á usted. (Al aparato.) Déjenos usted que estamos hablando... ¿Qué?... Sí; tomaré nota del pedido. Doce sillas de comedor nogal y cuero repujado... Tomo nota, tomo nota. (No escribe nada.)

BERTA Hay que anotarlo, porque luego se tiene que comprobar.

ENR. No tengo lápiz.

BERTA (Se sienta al bureau y escribe.) Aquí hay... Espepere usted. Doce sillas de comedor nogal y cuero repujado.

ENR. Dos aparadores nogal.

BERTA Dos aparadores nogal.

ENR. Una mesa de tres metros por ciento treinta y cinco... Bueno, bueno; voy á repetirlo.

BERTA (Leyendo.) Doce sillas de comedor nogal y cuero repujado.

ENR. (Al aparato.) Doce sillas de comedor nogal y cuero repujado.

BERTA Dos aparadores nogal.

ENR. Dos aparadores nogal.

BERTA Una mesa de tres metros por... ¡No veo bien los números!

ENR. Una mesa de tres metros por... no veo bien los números.

BERTA Por ciento treinta y cinco.

ENR. Por ciento treinta y cinco.

BERTA (Escribiendo.) Y cuatro largueros.

ENR. Y cuatro largueros... ¿Dice usted que lo necesita dentro de cinco días? Comprendido... Cinco días. (Vivamente.) Es muy poco... En el taller dicen que es muy poco (Después de escuchar.) Perfectamente; ya nos arreglaremos... Adiós... (Cuelga el aparato.) Este es un pedido que se servirá bien. Es la única cosa que hago á derechas en esta casa. Desde que somos dos, parece que esto va mejor...

BERTA Sí, va mejor.

ENR ¡Qué felicidad si hubiese usted estado siempre conmigo en esta tienda!... No hubiera ocurrido nada de lo que ha ocurrido, ni yo tampoco habría necesitado decirla que ganaba tantos miles de francos.

BERTA ¿Por qué hizo usted eso?... ¿Por qué me engañó? ¿Cómo quiere usted ahora que le crea?

ENR Sí... La he mentido, la he mentido.

BERTA Deme usted una explicación, al menos... No me dice usted nada para justificarse... Parece mentira, pero, apesar de todo, no le guardo á usted rencor... Por eso cuando hablamos de nuestras cosas, disputamos, y cuando nos ponemos á anotar un pedido, como ahora mismo, no se nos ocurre disputar.

ENR Parece como si estuviéramos completamente de acuerdo.

BERTA Completamente de acuerdo. (Se siente el ruído de alguien que quiere abrir la puerta.) ¿Quién será?

ENR. Probablemente el caballero de antes que no habrá encontrado la tienda que le dije. No me extrañará que no la haya encontrado, porque no existe. (Golpes á la puerta.)

BERTA Ya se cansará. (Más golpes.)

ENR. Van á alborotar la casa. (Va á la puerta.) Inventario, inventario... Se va á proceder al inventario. (A Berta.) ¿Qué estábamos diciendo? Me parece que ya no está usted tan enfadada.

BERTA No, no estoy enfadada... Pero hay algo entre nosotros que se ha destruído para siempre.

ENR ¿Por qué? ¿por qué?

BERTA Porque me engañó usted entonces, porque me ha engañado siempre... Aquella hora que pasamos juntos en el baile de Alicia, era el más dulce recuerdo de mi vida... ¡y cuando pienso que no era usted sincero! (Se sienta y llora.)

ENR Sí, si, sincero, completamente sincero... Entonces yo no sabía quien era usted.

BERTA (Se levanta bruscamente.) ¿Qué dice usted? ¿Que no sabía quién era yo?

ENR. Claro que no... Fué después, cuando me dijo Barthazard... (Reprimiéndose.) Cuando yo le dije á Barthazard que tenía una posición espléndida... pero hago mal en contarle á usted estas cosas... Esto es todavía más infame.

BERTA No, no; siendo así no tiene nada de infame.

ENR Sí, sí; porque después de conocerla y de amarla, es cuando he empezado á mentirla.

BERTA No, no es lo mismo, sino todo lo contrario... Me ve usted, se enamora de mí sin conocerme y luego quiere casarse conmigo, empleando todos los medios.

ENR Hasta los más indignos.

BERTA No eran indignos si estaba usted verdaderamente enamorado. (Tratan de abrir la puerta.) ¡Otra vez ese caballero!

ENR ¡Qué cargante!

BERTA Déjele usted que llame; ya se cansará.

ENR No hay manera de estar tranquilos.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, LUISA. Después GONTHIER y HERBERT. Luero REMIGIO, BARTHAZARD, MAD. EDMON y JUANA

LUISA (En lo alto de la escalera.) ¿Se han encerrado ustedes? Acabo de mirar por el balcón... ¿Sabes quién está llamando á la puerta? (Más golpes.)

ENR. Sí. Un parroquiano.

LUISA El padre de Berta en compañía de su prometido. (Más golpes.)

BERTA ¿Mi padre aquí?

LUISA Sí. Le he avisado yo. Pero Herbert no me hacía ninguna falta.

BERTA No hay más remedio que abrir.

ENR ¿Abrimos?

LUISA Naturalmente. (Abre la puerta. Entran Gonthier y Herbert.)

GONT. (Viendo á Enrique, Berta y Luisa puestos en fila.) ¿Qué significa esto?... (Mirando á Herbert.) ¿Qué significa esto?

HER. ¡Eso es lo que yo le pregunto!... (Viendo á Enrique.) ¿Me ha traído usted aquí para ver este cuadro?

GONT. ¡Y yo qué sabía! (A Enrique.) ¿Se puede saber que hace usted aquí, caballerito?

ENR Estoy en mi casa.

GONT. ¿Cómo?... ¿Es usted tapicero?

ENR. No, señor. Empleado, con ciento setenta y

cinco francos al mes. (Orgulloso.) Cifra redonda.

GONT. (A Berta, con curiosidad.) Bueno, ¿y tú qué has venido á hacer aquí?

HER. ¿Habla usted así á una hija á quien sorprende con su novio?

GONT. Tiene usted razón. (Severo.) ¿Y tú qué has venido á hacer aquí?

BERTA Papá, papá.. ¡No me hables en ese tono!...

GONT. (Con timidez.) Es que el me ha dicho...

BERTA Yo te daré todas las explicaciones necesarias, sin que me las pidas ahuecando la voz... pero antes, necesito esclarecer un punto; un punto de historia, muy interesante. (A Herbert.) ¿Usted se ha enterado bien de la conducta de este caballero? (Por Enrique.)

HER. Sí. Y después de eso, me extraña muchísimo encontrarme en su presencia.

ENR Oiga usted, señor mío...

BERTA ¡Cállese usted! ¡Cállense ustedes los dos!

HER. Es que...

LUISA ¡Silencio!

BERTA (A Herbet.) ¿Usted sabe de qué manera me conoció este señor en el baile del hotel?

HER. Y como después de conocerla, decidió casarse con usted...

BERTA ¡Eso es precisamente lo que me interesa! ¡Lástima que no esté aquí Barthazard, que debe saberlo mejor que nadie!

HER. Yo también lo sé; yo también lo sé, porque el mismo Barthazard me lo ha contado, con todos sus detalles... Este señor, era una especie de bohemio y se metió en el baile sin estar convidado; allí la vió á usted; usted le gustó muchísimo; se enamoró en seguida y se empeñó en casarse con usted, fuera como fuese.

BERTA ¿Es así como sucedieron las cosas?

HER. ¡Así mismo!

BERTA ¡Gracias! ¡Muchas gracias! (Le estrecha la mano con efusión.)

HER. ¡Ah!... ¡Berta!

BERTA Papá, papá... ¡Qué feliz soy! (Colgándose del brazo de Enrique.) Ahora ya puedo casarme con él.

HER. ¡Qué barbaridad!

LUISA (A Herbert.) Gracias á usted.

GONT. ¡No entiendo una palabra de todo esto!

BERTA Papá... He tomado mis informes; no tiene más posición que su empleo en esta casa. Un empleo modesto, como habrás oído.

ENR. Pero muy seguro.

BERTA Te pido que le concedas mi mano.

GONT. Escucha, hija mía... Me parece que vas muy de prisa.

BERTA Estoy decidida.

REM. (Entrando.) Aquí viene otro señor que tiene cita con usted. También es un diputado. Tome usted su tarjeta. (A Enrique.)

ENR ¡Barthazard!

LUISA (A Remigio.) Traígale usted. (Sale Remigio.) Es muy justo que venga, ya que es el autor de la boda.

HER. Lo más gracioso es que para que me ayudara le he colocado en mi casa con un gran sueldo y participación en los beneficios. Y con un contratito por quince años, perfectamente legalizado... Ahora tendré que aguantar al señor Barthazard toda la vida.

LUISA No se apure usted. Es un hombre muy inteligente, que le prestará muy buenos servicios.

HER. Es posible.

GONT. Y sobre todo, es un hombre de confianza.

HER. También es posible.

REM. (Entrando con Barthazard.) Por aquí, señor diputado.

BART. Señores... (Cortado.) Buenos días.

BERTA Venga usted aquí que le felicite, amigo Barthazard... La boda que tanto deseaba, se arregló por fin. (Barthazard mira á Herbert, que le hace un signo negativo.)

LUISA (Le coge de la mano y le señala á Enrique.) Es con este señor.

BART. (Después de una breve pausa.) Mi más cordial enhorabuena... Aunque este joven haya dado algo que hablar, tengo la profunda convicción de que es todo un caballero... El amor le ha regenerado... El amor hace milagros... (A Enrique, en voz baja.) Y el dinero también... Yo soy ya un hombre honrado.

ENR. No me extraña. Tú eres capaz de todo.

JUANA (En lo alto de la escalera.) Oye, Luisa, ya no puedo más... He visto lo menos treinta comedores, y tengo un hambre espantosa. (Bajando.) ¿Pero qué hace aquí tanta gente?

EDM. (Bajando detrás de Juana.) Perdonen ustedes. Voy en seguida. (A Luisa.) ¿Quiere usted que veamos esos muebles ahora mismo?

ENR. (En un transporte de entusiasmo.) ¡Es inútil, señora, es inútil!... ¡La boda se ha deshecho!

EDM. ¿Está usted loco?... ¡Es la segunda vez que rompe usted una boda en mi clientela!...

LUISA ¡Pero esta vez es para casarse con la novia! Ahora es él quien le comprará los muebles

ENR Ya no me tendrá usted de dependiente.

BERTA Si no de parroquiano.

EDM. ¡Será la única manera de hacer un negocio con usted!

FIN DE LA COMEDIA